

Poesía Completa

Garcilaso de la Vega

Églogas

- I -

Al virrey de Nápoles

Personas: SALICIO, NEMOROSO

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de contar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores, 5
de pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo
y un grado sin segundo,
agora estés atento sólo y dado 10
al ínclito gobierno del estado
albano; agora vuelto a la otra parte,
resplandeciente, armado,
representando en tierra el fiero Marte;
agora de cuidados enojosos 15
y de negocios libre, por ventura
andes a caza, el monte fatigando
en ardiente jinete que apresura
el curso tras los ciervos temerosos,
que en vano su morir van dilatando; 20
espera, que en tornando
a ser restituido
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita, innumerable suma 25
de tus virtudes y famosas obras;
antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo sobras.
En tanto que este tiempo que adivino
viene a sacarme de la deuda un día, 30
que se debe a tu fama y a tu gloria;
que es deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo digno de memoria,
el árbol de victoria 35
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
dé lugar a la hiedra que se planta
debajo de tu sombra y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores; 40
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.
Saliendo de las ondas encendido,
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado 45
al pie de una alta haya, en la verdura
por donde una agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado,
él, con canto acordado
al rumor que sonaba 50
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía;
y así como presente, 55

razonando con ella, le decía:
 SAL. ¡Oh más dura que mármol a mis quejas,
 y al encendido fuego en que me quemo
 más helada que nieve, Galatea! 60
 Estoy muriendo, y aún la vida temo;
 témola con razón, pues tú me dejas,
 que no hay sin ti el vivir para qué sea.
 Vergüenza he que me vea
 ninguno en tal estado,
 de ti desamparado, 65
 y de mí mismo yo me corro agora.
 ¿De un alma te desdeñas ser señora,
 donde siempre moraste, no pudiendo
 della salir un hora?
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo. 70
 El sol tiende los rayos de su lumbre
 por montes y por valles, despertando
 las aves y animales y la gente:
 cuál por el aire claro va volando,
 cuál por el verde valle o alta cumbre 75
 paciendo va segura y libremente,
 cuál con el sol presente
 va de nuevo al oficio
 y al usado ejercicio
 do su natura o menester le inclina; 80
 siempre está en llanto esta ánima mezquina,
 cuando la sombra el mundo va cubriendo,
 o la luz se avecina.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 Y tú, desta mi vida ya olvidada, 85
 sin mostrar un pequeño sentimiento
 de que por ti Salicio triste muera,
 dejas llevar, desconocida, al viento
 el amor y la fe que ser guardada
 eternamente solo a mí debiera. 90
 ¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,
 pues ves desde tu altura
 esta falsa perjura,
 causar la muerte de un estrecho amigo
 no recibe del cielo algún castigo? 95
 Si en pago del amor yo estoy muriendo,
 ¿qué hará el enemigo?
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 Por ti el silencio de la selva umbrosa,
 por ti la esquividad y apartamiento 100
 del solitario monte me agradaba;
 por ti la verde hierba, el fresco viento,
 el blanco lirio y colorada rosa
 y dulce primavera deseaba.
 ¡Ay, cuánto me engañaba! 105
 ¡Ay, cuán diferente era
 y cuán de otra manera
 lo que en tu falso pecho se escondía!
 Bien claro con su voz me lo decía
 la siniestra corneja repitiendo 110
 la desventura mía.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 ¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
 reputándolo yo por desvarío,
 vi mi mal entre sueños, desdichado! 115
 Soñaba que en el tiempo del estío
 llevaba, por pasar allí la siesta,
 a beber en el Tajo mi ganado;
 y después de llegado,
 sin saber de cuál arte, 120
 por desusada parte
 y por nuevo camino el agua se iba;

ardiendo yo con la calor estiva,
 el curso enajenado iba siguiendo
 del agua fugitiva. 125
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
 Tus claros ojos ¿a quién los volviste?
 ¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
 Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste? 130
 ¿Cuál es el cuello que, como en cadena,
 de tus hermosos brazos añudaste?
 No hay corazón que baste,
 aunque fuese de piedra,
 viendo mi amada hiedra, 135
 de mí arrancada, en otro muro asida,
 y mi parra en otro olmo entretejida,
 que no se esté con llanto deshaciendo
 hasta acabar la vida.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo. 140
 ¿Qué no se esperará de aquí adelante,
 por difícil que sea y por incierto?
 ¿O qué discordia no será juntada?
 Y juntamente, ¿qué tendrá por cierto,
 o qué de hoy más no temerá el amante, 145
 siendo a todo materia por ti dada?
 Cuando tú enajenada
 de mi cuidado fuiste,
 notable causa diste,
 y ejemplo a todos cuantos cubre el cielo, 150
 que el más seguro tema con recelo
 perder lo que estuviere poseyendo.
 Salid fuera sin duelo,
 salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 Materia diste al mundo de esperanza 155
 de alcanzar lo imposible y no pensado,
 y de hacer juntar lo diferente,
 dando a quien diste el corazón malvado,
 quitándolo de mí con tal mudanza,
 que siempre sonará de gente en gente. 160
 La cordera paciente
 con el lobo hambriento
 hará su ayuntamiento,
 y con las simples aves sin rüido
 harán las bravas sierpes ya su nido; 165
 que mayor diferencia comprehendo
 de ti al que has escogido.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 Siempre de nueva leche en el verano
 y en el invierno abundo; en mi majada 170
 la manteca y el queso está sobrado;
 de mi cantar, pues, yo te vi agradada,
 tanto, que no pudiera el mantüano
 Títiro ser de ti más alabado.
 No soy, pues, bien mirado, 175
 tan disforme ni feo;
 que aun agora me veo
 en esta agua que corre clara y pura,
 y cierto no trocara mi figura
 con ese que de mí se está riendo; 180
 ¡trocara mi ventura!
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 ¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
 ¿Cómo te fui tan presto aborrecible?
 ¿Cómo te faltó en mí el conocimiento? 185
 Si no tuvieras condición terrible,
 siempre fuera tenido de ti en precio,
 y no viera este triste apartamiento.
 ¿No sabes que sin cuento

	buscan en el estío	190
	mis ovejas el frío	
	de la sierra de Cuenca, y el gobierno	
	del abrigado Estremo en el invierno?	
	Mas ¡qué vale el tener, si derritiendo	
	me estoy en llanto eterno! 195	
	Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.	
	Con mi llorar las piedras enternecen	
	su natural dureza y la quebrantan;	
	los árboles parece que se inclinan;	
	las aves que me escuchan, cuando cantan,	200
	con diferente voz se condolesen	
	y mi morir cantando me adivinan.	
	Las fieras que reclinan	
	su cuerpo fatigado,	
	dejan el sosegado	205
	sueño por escuchar mi llanto triste.	
	Tú sola contra mí te endureciste,	
	los ojos aun siquiera no volviendo	
	a lo que tú hiciste.	
	Salid sin duelo, lágrimas corriendo.	210
	Mas ya que a socorrer aquí no vienes,	
	no dejes el lugar que tanto amaste,	
	que bien podrás venir de mí segura.	
	Yo dejaré el lugar do me dejaste;	
	ven si por sólo aquesto te detienes.	215
	Ves aquí un prado lleno de verdura,	
	ves aquí una espesura,	
	ves aquí un agua clara,	
	en otro tiempo cara,	
	a quien de ti con lágrimas me quejo.	220
	Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,	
	al que todo mi bien quitar me puede;	
	que pues el bien le dejo,	
	no es mucho que el lugar también le quede.	
	Aquí dio fin a su cantar Salicio,	225
	y suspirando en el postrero acento,	
	soltó de llanto una profunda vena.	
	Queriendo el monte al grave sentimiento	
	de aquel dolor en algo ser propicio,	
	con la pesada voz retumba y suena.	230
	La blanda Filomena,	
	casi como dolida	
	y a compasión movida,	
	dulcemente responde al son lloroso.	
	Lo que cantó tras esto Nemoroso,	235
	decidlo vos, Piérides, que tanto	
	no puedo yo ni oso,	
	que siento enflaquecer mi débil canto.	
NEM.	Corrientes aguas puras, cristalinas,	240
	árboles que os estáis mirando en ellas,	
	verde prado de fresca sombra lleno,	
	aves que aquí sembráis vuestras querellas,	
	hiedra que por los árboles caminas,	
	torciendo el paso por su verde seno;	
	yo me vi tan ajeno	245
	del grave mal que siento,	
	que de puro contento	
	con vuestra soledad me recreaba,	
	donde con dulce sueño reposaba,	
	o con el pensamiento discurría	250
	por donde no hallaba	
	sino memorias llenas de alegría.	
	Y en este mismo valle, donde agora	
	me entristezco y me canso en el reposo,	
	estuve ya contento y descansado.	255
	¡Oh bien caduco, vano y presuroso!	

Acuérdome, durmiendo aquí algún hora,
 que, despertando, a Elisa vi a mi lado.
 ¡Oh miserable hado!
 ¡Oh tela delicada, 260
 antes de tiempo dada
 a los agudos filos de la muerte!
 Más conveniente fuera aquesta suerte
 a los cansados años de mi vida,
 que es más que el hierro fuerte, 265
 pues no la ha quebrantado tu partida.
 ¿Dó están agora aquellos claros ojos
 que llevaban tras sí, como colgada,
 mi alma, doquier que ellos se volvían?
 ¿Dó está la blanca mano delicada, 270
 llena de vencimiento y despojos
 que de mí mis sentidos le ofrecían?
 Los cabellos que vían
 con gran desprecio el oro
 como a menor tesoro, 275
 ¿adónde están? ¿Adónde el blanco pecho?
 ¿Dó la columna que el dorado techo
 con presunción graciosa sostenía?
 Aquesto todo agora ya se encierra,
 por desventura mía, 280
 en la fría, desierta y dura tierra.
 ¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
 cuando en aqueste valle al fresco viento
 andábamos cogiendo tiernas flores,
 que había de ver, con largo apartamiento, 285
 venir el triste y solitario día
 que diese amargo fin a mis amores?
 El cielo en mis dolores
 cargó la mano tanto,
 que a sempiterno llanto 290
 y a triste soledad me ha condenado;
 y lo que siento más es verme atado
 a la pesada vida y enojosa,
 solo, desamparado,
 ciego, sin lumbre en cárcel tenebrosa. 295
 Después que nos dejaste, nunca paces
 en hartura el ganado ya, ni acude
 el campo al labrador con mano llena.
 No hay bien que en mal no se convierta y mude:
 la mala hierba al trigo ahoga, y nace 300
 en lugar suyo la infelice avena;
 la tierra, que de buena
 gana nos producía
 flores con que solía 305
 quitar en sólo vellas mil enojos,
 produce agora en cambio estos abrojos,
 ya de rigor de espinas intratable;
 yo hago con mis ojos
 crecer, lloviendo, el fruto miserable.
 Como al partir del sol la sombra crece, 310
 y en cayendo su rayo se levanta
 la negra escuridad que el mundo cubre,
 de do viene el temor que nos espanta,
 y la medrosa forma en que se ofrece
 aquella que la noche nos encubre 315
 hasta que el sol descubre
 su luz pura y hermosa;
 tal es la tenebrosa
 noche de tu partir en que he quedado
 de sombra y de temor atormentado, 320
 hasta que muerte el tiempo determine
 que a ver el deseado
 sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto quejarse, entre las hojas escondido,	325
del duro labrador que cautamente le despojó su caro y dulce nido de los tiernos hijuelos entretanto que del amado ramo estaba ausente,	
y aquel dolor que siente	330
con diferencia tanta por la dulce garganta despide, que a su canto el aire suena, y la callada noche no refrena	
su lamentable oficio y sus querellas, trayendo de su pena el cielo por testigo y las estrellas; desta manera suelto ya la rienda a mi dolor, y así me quejo en vano de la dureza de la muerte airada.	340
Ella en mi corazón metió la mano y de allí me llevó mi dulce prenda, que aquél era su nido y su morada. ¡Ay, muerte arrebatada!	
Por ti me estoy quejando	345
al cielo y enojando con importuno llanto al mundo todo: el desigual dolor no sufre modo. No me podrán quitar el dolorido sentir, si ya del todo	350
primero no me quitan el sentido. Tengo una parte aquí de tus cabellos, Elisa, envueltos en un blanco paño, que nunca de mi seno se me apartan; descójolos, y de un dolor tamaño	355
enternecerme siento que sobre ellos nunca mis ojos de llorar se hartan. Sin que de allí se partan, con suspiros calientes,	
más que la llama ardientes,	360
los enjugo del llanto, y de consuno casi los paso y cuento uno a uno; juntándolos, con un cordón los ato. Tras esto el importuno dolor me deja descansar un rato.	365
Mas luego a la memoria se me ofrece aquella noche tenebrosa, oscura, que tanto aflige esta ánima mezquina con la memoria de mi desventura.	370
Verte presente agora me parece en aquel duro trance de Lucina, y aquella voz divina, con cuyo son y acentos a los airados vientos pudieras amansar, que agora es muda,	375
me parece que oigo que a la cruda, inexorable diosa demandabas en aquel paso ayuda; y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas? ¿Íbate tanto en perseguir las fieras?	380
¿Íbate tanto en un pastor dormido? ¿Cosa pudo bastar a tal crüeza, que, conmovida a compasión, oído a los votos y lágrimas no dieras, por no ver hecha tierra tal belleza,	385
o no ver la tristeza en que tu Nemoroso queda, que su reposo era seguir tu oficio, persiguiendo las fieras por los montes y ofreciendo	390

a tus sagradas aras los despojos? ¿Y tú, ingrata, riendo dejas morir mi bien ante mis ojos? Divina Elisa, pues agora el cielo	395
con inmortales pies pisas y mides, y su mudanza ves, estando queda, ¿por qué de mí te olvidas y no pides que se apresure el tiempo en que este velo rompa del cuerpo y verme libre pueda, y en la tercera rueda,	400
contigo mano a mano, busquemos otro llano, busquemos otros montes y otros ríos, otros valles floridos y sombríos, donde descansa y siempre pueda verte	405
ante los ojos míos, sin miedo y sobresalto de perderte? Nunca pusieran fin al triste lloro los pastores, ni fueran acabadas las canciones que solo el monte oía,	410
si mirando las nubes coloradas, al tramontar del sol bordadas de oro, no vieran que era ya pasado el día. La sombra se veía	415
venir corriendo apriesa ya por la falda espesa del altísimo monte, y recordando ambos como de sueño, y acabando el fugitivo sol, de luz escaso, su ganado llevando,	420
se fueron recogiendo paso a paso.	

- II -

	<i>Personas:</i> ALBANIO, CAMILA; SALICIO, NEMOROSO	
ALB.	En medio del invierno está templada el agua dulce desta clara fuente, y en el verano más que nieve helada. ¡Oh claras ondas, cómo veo presente, en viéndoos, la memoria de aquel día de que el alma temblar y arder se siente!	5
	En vuestra claridad vi mi alegría escurecerse toda y enturbiarse; cuando os cobré, perdí mi compañía. ¿A quién pudiera igual tormento darse, que con lo que descansa otro afligido venga mi corazón a atormentarse? El dulce murmurar deste rüido, el mover de los árboles al viento, el suave olor del prado florecido,	10 15
	podrían tornar, de enfermo y descontento, cualquier pastor del mundo alegre y sano; yo solo en tanto bien morir me siento. ¡Oh hermosura sobre el ser humano! ¡Oh claros ojos! ¡Oh cabellos de oro!	20
	¡Oh cuello de marfil! ¡Oh blanca mano! ¿Cómo puede ora ser que en triste lloro se convirtiese tan alegre vida, y en tal pobreza todo mi tesoro? Quiero mudar lugar, y a la partida quizá me dejará parte del daño que tiene el alma casi consumida. ¡Cuán vano imaginar, cuán claro engaño es darme yo a entender que con partirme, de mí se ha de partir un mal tamaño!	25 30

	¡Ay miembros fatigados, y cuán firme es el dolor que os cansa y enflaquece! ¡Oh, si pudiese un rato aquí dormirme! Al que, velando, el bien nunca se ofrece, quizá que el sueño le dará durmiendo	35
SAL.	algún placer que presto desfallece; en tus manos ¡oh sueño! me encomiendo. ¡Cuán bienaventurado aquél puede llamarse que con la dulce soledad se abraza, y vive descuidado y lejos de empacharse en lo que al alma impide y embaraza! No ve la llena plaza, ni la soberbia puerta	40
	de los grandes señores, ni los aduladores a quien la hambre del favor despierta; no le será forzoso rogar, fingir, temer y estar quejoso.	45
	A la sombra holgando de un alto pino o roble o de alguna robusta y verde encina, el ganado contando de su manada pobre,	50
	que por la verde selva se avecina, plata cendrada y fina y oro luciente y puro, bajo y vil le parece, y tanto lo aborrece,	55
	que aun no piensa que dello está seguro; y como está en su seso, rehuye la cerviz del grave peso. Convida a un dulce sueño aquel manso rüido	60
	del agua que la clara fuente envía, y las aves sin dueño, con canto no aprendido, hinchén el aire de dulce armonía.	65
	Háceles compañía, a la sombra volando y entre varios olores gustando tiernas flores, la solícita abeja susurrando;	70
	los árboles y el viento al sueño ayudan con su movimiento. ¿Quién duerme aquí? ¿Dó está que no le veo?	75
	¡Oh! ¡Helo allí! ¡Dichoso tú, que aflojas la cuerda al pensamiento o al deseo! ¡Oh natura, cuán pocas obras cojas en el mundo son hechas por tu mano!	80
	Creciendo el bien, menguando las congojas, el sueño diste al corazón humano para que, al despertar, más se alegrase del estado gozoso, alegre y sano;	85
	que como si de nuevo le hallase, hace aquel intervalo que ha pasado que el nuevo gusto nunca al fin se pase. Y al que de pensamiento fatigado el sueño baña con licor piadoso,	90
	curando el corazón despedazado, aquel breve descanso, aquel reposo basta para cobrar de nuevo aliento con que se pase el curso trabajoso. Llegarme quiero cerca con buen tiento	95
	y ver, si de mí fuere conocido, si es del número triste o del contento.	

	Albanio es este que está aquí dormido, o yo conozco mal. Albanio es, cierto.	100
	Duerme, garzón cansado y afligido. ¡Por cuán mejor librado tengo un muerto, que acaba el curso de la vida humana y es conducido a más seguro puerto, que el que, viviendo acá, de vida ufana y de estado gozoso, noble y alto, es derrocado de fortuna insana!	105
	Dicen que este mancebo dio un gran salto, que de amorosos bienes fue abundante, y agora es pobre, miserable y falto.	110
	No sé la historia bien, mas quien delante se halló al duelo me contó algún poco del grave caso deste pobre amante.	
ALB.	¿Es esto sueño, o ciertamente toco la blanca mano? ¡Ah, sueño!, ¿estás burlando? Yo estábate creyendo como loco.	115
	¡Oh cuitado de mí! Tú vas volando con prestas alas por la ebúrnea puerta; yo quédome tendido aquí llorando. ¿No basta el grave mal en que despierta el alma vive, o por mejor decillo, está muriendo de una vida incierta?	120
SAL.	Albanio, deja el llanto, que en oíllo me aflijo.	
ALB.	¿Quién presente está a mi duelo?	
SAL.	Aquí está quien te ayudará a sentillo.	
ALB.	¿Aquí estás tú, Salicio? Gran consuelo me fuera en cualquier mal tu compañía, mas tengo en esto por contrario el cielo.	125
SAL.	Parte de tu trabajo ya me había contado Galafrón, que fue presente en aqueste lugar el mismo día; mas no supo decir del accidente la causa principal, bien que pensaba que era mal que decir no se consiente; y a la sazón en la ciudad yo estaba, como tú sabes bien, aparejando aquel largo camino que esperaba; y esto que digo me contaron cuando torné a volver; mas yo te ruego ahora, si esto no es enojoso que demando, que particularmente el punto y hora, la causa, el daño cuentes y el proceso; que el mal, comunicándose, mejora.	130
	Con un amigo tal, verdad es eso cuando el mal sufre cura, mi Salicio, mas éste ha penetrado hasta el hueso.	135
ALB.	Verdad es que la vida y ejercicio común y el amistad que a ti me ayunta, mandan que complacerte sea mi oficio; mas ¿qué haré?, que el alma ya barrunta que quiero renovar en la memoria la herida mortal de aguda punta; y póneme delante aquella gloria pasada, y la presente desventura para espantarme de la horrible historia.	140
	Por otra parte, pienso que es cordura renovar tanto el mal que me atormenta, que a morir venga de tristeza pura.	145
	Y por esto, Salicio, entera cuenta te daré de mi mal como pudiere, aunque el alma rehuya y no consienta.	150
	Quise bien, y querré mientras rigiere aquestos miembros el espíritu mío, aquella por quien muero, si muriere.	155
		160

En este amor no entré por desvarío, ni lo traté, como otros, con engaños, ni fue por elección de mi albedrío.	165
Desde mis tiernos y primeros años a aquella parte me inclinó mi estrella, y aquel fiero destino de mis daños.	
Tú conociste bien una doncella de mi sangre y agüelos decendida, más que la misma hermosura bella.	170
En su verde niñez, siendo ofrecida por montes y por selvas a Dïana, ejercitaba allí su edad florida.	175
Yo, que desde la noche a la mañana y del un sol al otro, sin cansarme, seguía la caza con estudio y gana, por deudo y ejercicio a conformarme	
vine con ella en tal domesticidad que della un punto no sabía apartarme.	180
Iba de un hora en otra la estrechez haciéndose mayor, acompañada de un amor sano y lleno de pureza.	
¿Qué montaña dejó de ser pisada de nuestros pies? ¿Qué bosque o selva umbrosa no fue de nuestra caza fatigada?	185
Siempre con mano larga y abundosa, con parte de la caza visitando el sacro altar de nuestra santa diosa;	
la colmilluda testa ora llevando del puerco jabalí, cerdoso y fiero, del peligro pasado razonando;	190
ora clavando del ciervo ligero en algún sacro pino los ganchosos cuernos, con puro corazón sincero	
tornábamos contentos y gozosos, y al disponer de lo que nos quedaba, jamás me acuerdo de quedar quejosos.	
Cualquiera caza a entrambos agradaba, pero la de las simples avecillas menos trabajo y más placer nos daba.	200
En mostrando el aurora sus mejillas de rosa y sus cabellos de oro fino, humedeciendo ya las florecillas,	205
nosotros, yendo fuera de camino, buscábamos un valle, el más secreto y de conversación menos vecino.	
Aquí, con una red de muy perfeto verde teñida, aquel valle atajábamos muy sin rumor, con paso muy quieto.	210
De dos árboles altos la colgábamos, y habiéndonos un poco lejos ido, hacia la red armada nos tornábamos,	
y por lo más espeso y escondido, los árboles y matas sacudiendo, turbábamos el valle con rüido.	215
Zorzales, tordos, mirlas, que temiendo delante de nosotros, espantados del peligro menor iban huyendo,	220
daban en el mayor, desatinados, quedando en la sutil red engañosa confusamente todos enredados.	
Entonces era vellos una cosa estraña y agradable, dando gritos y con voz lamentándose quejosa.	225
Algunos dellos, que eran infinitos, su libertad buscaban revolando; otros estaban míseros y aflictos.	
Al fin, las cuerdas de la red tirando,	230

llevábamosla juntos casi llena,
 la caza a cuestras y la red cargando.
 Cuando el húmido otoño ya refrena
 del seco estío el gran calor ardiente
 y va faltando sombra a Filomena, 235
 con otra caza, de ésta diferente,
 aunque también de vida ociosa y blanda,
 pasábamos el tiempo alegremente.
 Entonces siempre, como sabes, anda
 de estorninos volando a cada parte, 240
 acá y allá, la espesa y negra banda.
 Y cierto aquesto es cosa de contarte,
 cómo con los que andaban por el viento
 usábamos también de astucia y arte.
 Uno vivo primero de aquel cuento 245
 tomábamos, y en esto sin fatiga
 era cumplido luego nuestro intento;
 al pie del cual un hilo untado en liga,
 atando, le soltábamos al punto
 que vía volar aquella banda amiga. 250
 Apenas era suelto cuando junto
 estaba con los otros y mezclado,
 secutando el efeto de su asunto.
 A cuantos era el hilo enmarañado
 por alas o por pies o por cabeza, 255
 todos venían al suelo mal su grado.
 Andaban forcejando una gran pieza,
 a su pesar y a mucho placer nuestro;
 que así de un mal ajeno bien se empieza.
 Acuérdaseme agora que el siniestro 260
 canto de la corneja y el agüero
 para escaparse no le fue maestro.
 Cuando una dellas, como es muy ligero,
 a nuestras manos viva nos venía, 265
 era prisión de más de un prisionero;
 la cual a un llano grande yo traía,
 a do muchas cornejas andar juntas,
 o por el suelo o por el aire vía;
 clavándola en la tierra por las puntas
 extremas de las alas, sin rompellas, 270
 seguía lo que apenas tú barruntas.
 Parecía que mirando a las estrellas,
 clavada boca arriba en aquel suelo,
 estaba a contemplar el curso dellas.
 De allí nos alejábamos, y el cielo 275
 rompía con gritos ella y convocaba
 de las cornejas el superno vuelo.
 En un solo momento se ayuntaba
 una gran muchedumbre presurosa
 a socorrer la que en el suelo estaba. 280
 Cercábanla, y alguna, más piadosa
 del mal ajeno de la compañera
 que del suyo avisada o temerosa,
 llegábase muy cerca, y la primera
 que esto hacía pagaba su inocencia 285
 con prisión o con muerte lastimera.
 Con tal fuerza la presa y tal violencia,
 se engarrafaba de la que venía,
 que no se despidiera sin licencia.
 Ya puedes ver cuán gran placer sería 290
 ver, de una por soltarse y desasirse,
 de otra por socorrerse, la porfía.
 Al fin la fiera lucha a despartirse
 venía por nuestra mano, y la cuitada
 del bien hecho empezaba a arrepentirse. 295
 ¿Qué me dirás si con su mano alzada,
 haciendo la nocturna centinela,

	la grúa de nosotros fue engañada? No aprovechaba al ánsar la cautela, ni ser siempre sagaz descubridora de nocturnos engaños con su vela.	300
	Ni al blanco cisne que en las aguas mora por no morir como Faetón en fuego, del cual el triste caso canta y llora. Y tú, perdiz cuitada, ¿piensas luego que en huyendo del techo estás segura? En el campo turbamos tu sosiego. A ninguna ave o animal natura dotó de tanta astucia que no fuese vencido al fin de nuestra astucia pura.	305
	Si por menudo de contarte hubiese de aquesta vida cada partecilla, temo que antes del fin anochebiese. Basta saber que aquesta tan sencilla y tan pura amistad quiso mi hado en diferente especie convertilla, en un amor tan fuerte y tan sobrado, y en un desasosiego no creíble, tal que no me conozco de trocado.	310
	El placer de miralla con terrible y fiero desear sentí mezclarse, que siempre me llevaba a lo imposible. La pena de su ausencia vi mudarse, no en pena, no en congoja, en cruda muerte y en fuego eterno el alma atormentarse. A aqueste estado, en fin, mi dura suerte me trajo poco a poco, y no pensara que contra mí pudiera ser más fuerte, si con mi grave daño no probara que en, comparación de ésta, aquella vida cualquiera por descanso la juzgara.	315
	Ser debe aquesta historia aborrecida de tus orejas ya, que así atormenta mi lengua y mi memoria entristecida. Decir ya más no es bien que se consienta; junto todo mi bien perdí en un hora, y ésta es la suma, en fin, de aquesta cuenta.	320
SAL.	Albanio, si tu mal comunicaras con otro que pensaras que tu pena juzgaba como ajena, o que este fuego nunca probó ni el fuego peligroso de que tú estás quejoso, yo confieso que fuera bueno aqueso que ora haces; mas si tú me deshaces con tus quejas, ¿por qué agora me dejas como a extraño, sin dar de aqueste daño fin al cuento? ¿Piensas que tu tormento como nuevo escucho, y no que pruebo, por mi suerte aqueste viva muerte en las entrañas? Si ni con todas mañas ni experiencia esta grave dolencia se deshecha, al menos aprovecha, yo te digo, para que de un amigo que adolezca, otro se condolezca, que ha llegado de bien acuchillado a ser maestro.	325
	Así que, pues te muestro abiertamente que no estoy inocente destos males, que aún traigo las señales de las llagas, no es bien que tú te hagas tan esquivo; que mientras estás vivo, ser podría que por alguna vía te avisase, y contigo llorase, que no es malo tener al pie del palo quien se duela del mal, y sin cautela te aconseje.	330
		335
		340
		345
		350
		355
		360

ALB.	Tú quieres que forceje y que contraste con quien al fin no baste a derrocalle. Amor quiere que calle; yo no puedo mover el paso un dedo sin gran mengua. Él tiene de mi lengua el movimiento, así que no me siento ser bastante.	365
SAL.	¿Qué te pone delante que te impida el descubrir tu vida al que aliviarte del mal alguna parte cierto espera?	370
ALB.	Amor quiere que muera sin reparo, y conociendo claro que bastaba lo que yo descansaba en este llanto contigo a que entretanto me aliviase, y aquel tiempo probase a sostenerme; por más presto perderme, como injusto, me ha ya quitado el gusto que tenía de echar la pena mía por la boca. Así que ya no toca nada dello a ti querer sabello, ni contallo a quien sólo pasallo le conviene, y muerte sola por alivio tiene.	375
SAL.	¿Quién es contra su ser tan inhumano, que al enemigo entrega su despojo y pone su poder en otra mano? ¿Cómo, y no tienes hora algún enojo de ver que amor tu misma lengua ataje o la desate por su solo antojo?	380
ALB.	Salicio amigo, cese este lenguaje; cierra tu boca, y más aquí no la abras; yo siento mi dolor, y tú mi ultraje. ¿Para qué son magníficas palabras? ¿Quién te hizo filósofo elocuente, siendo pastor de ovejas y de cabras? ¡Oh cuitado de mí, cuán fácilmente, con expedida lengua y rigurosa, el sano da consejos al doliente!	385
SAL.	No te aconsejo yo, ni digo cosa para que debas tú por ella darme respuesta tan aceda y tan odiosa. Ruégote que tu mal quieras contarme, porque de él pueda tanto entristecerme, cuanto suelo del bien tuyo alegrarme.	390
ALB.	Pues ya de ti no puedo defenderme, yo tornaré a mi cuento cuando hayas prometido una gracia concederme; y es que en oyendo el fin, luego te vayas y me dejes llorar mi desventura entre estos pinos solo y estas hayas.	395
SAL.	Aunque pedir tú eso no es cordura, yo seré dulce más que sano amigo y daré buen lugar a tu tristura.	400
ALB.	Ora, Salicio, escucha lo que digo; y vos, ¡oh ninfas deste bosque umbroso, a doquiera que estáis, estad conmigo! Ya te conté el estado tan dichoso adó me puso Amor, si en él yo firme pudiera sostenerme con reposo; mas como de callar y de encubrirme de aquella por quien vivo me encendía, llegué ya casi al punto de morirme, mil veces ella preguntó qué había y me rogó que el mal le descubriese que mi rostro y color le descubría. Mas no acabó con cuanto me dijese, que de mí a su pregunta otra respuesta que un suspiro con lágrimas hubiese.	405
ALB.	Aconteció que en una ardiente siesta,	410
		415
		420
		425
		430

viniendo de la caza fatigados
 en el mejor lugar desta floresta,
 que es éste donde estamos asentados, 435
 a la sombra de un árbol aflojamos
 las cuerdas a los arcos trabajados.
 En aquel prado allí nos reclinamos,
 y del Céfito fresco recogiendo
 el agradable espíritu, respiramos. 440
 Las flores, a los ojos ofreciendo
 diversidad estraña de pintura,
 diversamente así estaban oliendo.
 Y en medio aquesta fuente clara y pura,
 que como de cristal resplandecía,
 mostrando abiertamente su hondura, 445
 el arena, que de oro parecía,
 de blancas pedrezuelas variada,
 por do manaba el agua, se bullía.
 En derredor, ni sola una pisada
 de fiera o de pastor o de ganado 450
 a la sazón estaba señalada.
 Después que con el agua resfriado
 hubimos el calor, y juntamente
 la sed de todo punto mitigado,
 ella, que con cuidado diligente 455
 a conocer mi mal tenía el intento
 y a escudriñar el ánimo doliente,
 con nuevo ruego y firme juramento
 me conjuró y rogó que le contase
 la causa de mi grave pensamiento; 460
 y si era amor, que no me recelase
 de hacelle mi caso manifiesto
 y de mostralle aquella que yo amase,
 que me juraba que también en esto
 el verdadero amor que me tenía 465
 con pura voluntad estaba presto.
 Yo, que tanto callar ya no podía
 y claro descubrir menos osaba
 lo que en el alma triste se sentía,
 le dije que en aquella fuente clara 470
 vería de aquella que yo tanto amaba
 abiertamente la hermosa cara.
 Ella, que ver aquésta deseaba,
 con menos diligencia discurriendo
 de aquélla con que el paso apresuraba, 475
 a la pura fontana fue corriendo,
 y en viendo el agua, toda fue alterada,
 en ella su figura sola viendo.
 Y no de otra manera, arrebatada,
 del agua rehuyó, que si estuviera 480
 de la rabiosa enfermedad tocada.
 Y sin mirarme, desdeñosa y fiera,
 no sé qué allá entre dientes murmurando,
 me dejó aquí, y aquí quiere que muera. 485
 Quedé yo triste y solo allí, culpando
 mi temerario osar, mi desvarío,
 la pérdida del bien considerando.
 Creció de tal manera el dolor mío,
 y de mi loco error el desconsuelo,
 que hice de mis lágrimas un río. 490
 Fijos los ojos en el alto cielo,
 estuve boca arriba una gran pieza
 tendido, sin mudarme en este suelo.
 Y como de un dolor otro se empieza,
 el largo llanto, el desvanecimiento, 495
 el vano imaginar de la cabeza,
 de mi gran culpa aquel remordimiento,
 verme del todo, al fin, sin esperanza

me trastornaron casi el sentimiento. 500
Cómo deste lugar hice mudanza
no sé, ni quién de aquí me condujese
al triste albergó y a mi pobre estancia.
Sé que tornando en mí, como estoviese
sin comer y dormir bien cuatro días,
y sin que el cuerpo de un lugar moviese, 505
las ya desmamparadas vacas mías
por otro tanto tiempo no gustaron
las verdes hierbas ni las aguas frías.
Los pequeños hijuelos, que hallaron
las tetas secas ya de las hambrientas 510
madres, bramando al cielo se quejaron.
Las selvas, a su voz también atentas,
bramando pareció que respondían,
condolidas del daño y descontentas.
Aquestas cosas nada me movían, 515
antes, con mi llorar, hacía espantados
todos cuantos a verme allí venían.
Vinieron los pastores de ganados,
vinieron de los sotos los vaqueros,
para ser de mi mal de mí informados. 520
Y todos con los gestos lastimeros
me preguntaban cuáles habían sido
los accidentes de mi mal primeros.
A los cuales, en tierra yo tendido,
ninguna otra respuesta dar sabía, 525
rompiendo con sollozos mi gemido,
sino de rato en rato les decía:
Vosotros, los de Tajo, en su ribera
cantaréis la mi muerte cada día;
este descanso llevaré, aunque muera, 530
que cada día cantaréis mi muerte
vosotros, los de Tajo, en su ribera.
La quinta noche, en fin, mi cruda suerte,
queriéndome llevar do se rompiese
aquesta tela de la vida fuerte, 535
hizo que de mi choza me saliese
por el silencio de la noche oscura
a buscar un lugar donde muriese.
Y caminando por do mi ventura
y mis enfermos pies me condujeron, 540
llegué a un barranco de muy gran altura.
Luego mis ojos le reconocieron,
que pende sobre el agua, y su cimientó
las ondas poco a poco le comieron.
Al pie de un olmo hice allí mi asiento, 545
y acuérdome que ya con ella estuve
pasando allí la siesta al fresco viento.
En aquesta memoria me detuve,
como si aquésta fuera medicina
de mi furor y cuanto mal sostuve. 550
Denunciaba el aurora ya vecina
la venida del sol resplandeciente,
a quien la tierra, a quien la mar se inclina.
Entonces, como cuando el cisne siente
el ansia postrimera que le aqueja 555
y tienta el cuerpo mísero y doliente,
con triste y lamentable son se queja
y se despide con funesto canto
del espíritu vital que de él se aleja;
así, aquejado yo de dolor tanto, 560
que el alma abandonaba ya la humana
carne, solté la rienda al triste llanto.
¡Oh fiera, dije, más que tigre hircana
y más sorda a mis quejas que el rúido
embravecido de la mar insana! 565

Heme entregado, heme aquí rendido,
he aquí que vences; toma los despojos
de un cuerpo miserable y afligido.
Yo pondré fin del todo a mis enojos,
ya no te ofenderá mi rostro triste, 570
mi temerosa voz y húmedos ojos.
Quizá tú, que en mi vida no moviste
el paso a consolarme en tal estado,
ni tu dureza cruda enterneceste,
viendo mi cuerpo aquí desamparado, 575
vendrás a arrepentirte y lastimarte,
mas tu socorro tarde habrá llegado.
¿Cómo pudiste tan presto olvidarte
de aquel tan luengo amor, y de sus ciegos
ñudos en sola un hora desligarte? 580
¿No se te acuerda de los dulces juegos
ya de nuestra niñez, que fueron leña
destos dañosos y encendidos fuegos,
cuando la encina desta espesa breña
de sus bellotas dulces despojaba, 585
que íbamos a comer sobre esta peña?
¿Quién las castañas tiernas derrocaba
del árbol al subir dificultoso?
¿Quién en su limpia falda las llevaba?
¿Cuándo en valle florido, espeso, umbroso 590
metí jamás el pie, que de él no fuese
cargado a ti de flores y oloroso?
Jurábasme, si ausente yo estuviese,
que ni el agua sabor ni olor la rosa
ni el prado hierba para ti tuviese. 595
¿A quién me quejo?, que no escucha cosa
de cuantas digo quien debería escucharme.
Eco sola me muestra ser piadosa;
respondiéndome, prueba conhortarme
como quien probó mal tan importuno; 600
mas no quiere mostrarse y consolarme.
¡Oh dioses!, si allá juntos de consuno,
de los amantes el cuidado os toca;
¡oh tú solo!, si toca a solo uno,
recibid las palabras que la boca 605
echa con la doliente ánima fuera,
antes que el cuerpo torne en tierra poca.
¡Oh náyades, de aquesta mi ribera
corriente moradoras! ¡Oh napeas,
guarda del verde bosque verdadera! 610
Alce una de vosotras, blancas deas,
del agua las cabeza rubia un poco;
¡así, ninfa, jamás en tal te veas!
Podré decir que con mis quejas toco
las divinas orejas, no pudiendo 615
las humanas tocar, cuerdo ni loco.
¡Oh hermosas oréades que, teniendo
el gobierno de selvas y montañas,
a caza andáis, por ellas discurriendo!
Dejad de perseguir las alimañas, 620
venid a ver un hombre perseguido,
a quien no valen fuerzas ya ni mañas.
¡Oh dríades, de amor hermoso nido,
dulces y graciosísimas doncellas
que a la tarde salís de lo ascondido, 625
con los cabellos rubios que las bellas
espaldas dejan de oro cobijadas,
parad mientes un rato a mis querellas!
Y si con mi ventura conjuradas
no estáis, haced que sean las ocasiones 630
de mi muerte aquí siempre celebradas.
¡Oh lobos, oh osos, que por los rincones

	destas fieras cavernas escondidos, estáis oyendo agora mis razones!	635
	Quedaos adiós, que ya vuestros oídos de mi zampoña fueron halagados y alguna vez de amor enternecidos. Adiós, montañas; adiós, verdes prados; adiós, corrientes ríos espumosos;	640
	vivid sin mí con siglos prolongados; y mientras en el curso presurosos iréis al mar a dalle su tributo, corriendo por los valles pedregosos, haced que aquí se muestre triste luto por quien, viviendo alegre, os alegraba con agradable son y viso enjuto.	645
	Por quien aquí sus vacas abrevaba, por quien, ramos de lauro entretejiendo, aquí sus fuertes toros coronaba. Estas palabras tales en diciendo, en pie me alcé por dar ya fin al duro dolor que en vida estaba padeciendo.	650
	Y por el paso en que me ves te juro que ya me iba a arrojar de do te cuento, con paso largo y corazón seguro,	655
	cuando una fuerza súbita de viento vino con tal furor que de una sierra pudiera remover el firme asiento. De espaldas, como atónito, en la tierra desde ha gran rato me hallé tendido,	660
	que así se halla siempre aquel que yerra. Con más sano discurso en mi sentido comencé de culpar el presupuesto y temerario error que había seguido en querer dar, con triste muerte, al resto de aquesta breve vida fin amargo, no siendo por los hados aún dispuesto.	665
	De allí me fui con corazón más largo para esperar la muerte, cuando venga a relevarme deste grave cargo.	670
	Bien has ya visto cuánto me convenga, que pues buscalla a mí no se consiente, ella en buscarme a mí no se detenga. Contado te he la causa, el accidente, el daño y el proceso todo entero;	675
	cúmpleme tu promesa prestamente. Y si mi amigo cierto y verdadero eres, como yo pienso, vete agora; no estorbes con dolor acerbo y fiero al afligido y triste cuando llora.	680
SAL.	Tratará de una parte que agora sólo siento, si no pensaras que era dar consuelo. Quisiera preguntarte cómo tu pensamiento se derribó tan presto en ese suelo, o se cubrió de un velo, para que no mirase que quien tan luengamente amó, no se consiente	685
	que tan presto del todo te olvidase. ¿Qué sabes si ella agora juntamente su mal y el tuyo llora?	690
ALB.	Cese ya el artificio de la maestra mano; no me hagas pasar tan grave pena. Harásme tú, Salicio, ir do nunca pie humano estampó su pisada en la arena.	695

	Ella está tan ajena	700
	de estar desesa manera	
	como tú de pensallo,	
	aunque quieres mostrallo	
	con razón aparente a verdadera;	
	ejercita aquí el arte	705
	a solas, que yo voyme en otra parte.	
	No es tiempo de curalle	
	hasta que menos tema	
	la cura del maestro y su crüeza.	
	Solo quiero dejalle,	710
	que aún está la postema	
	intratable, a mi ver, por su dureza.	
	Quebrante la braveza	
	del pecho empedernido	
	con largo y tierno llanto;	715
	iréme yo entretanto	
	a requerir de un rui señor el nido,	
	que está en una alta encina	
	y estará presto en manos de Gravina.	
CAM.	Si desta tierra no he perdido el tino,	720
	por aquí el corzo vino que ha traído,	
	después que fue herido, atrás el viento.	
	¿Qué recio movimiento en la corrida	
	lleva, de tal herida lastimado?	
	En el siniestro lado soterrada	725
	la flecha enherbolada iba mostrando,	
	las plumas blanqueando solas fuera,	
	y háceme que muera con buscallo.	
	No paso deste valle; aquí está cierto,	
	y por ventura muerto. ¡Quién me diese	730
	alguno que siguiese el rastro agora,	
	mientras la herviente hora de la siesta	
	en aquesta floresta yo descanso!	
	¡Ay, viento fresco y manso y amoroso,	
	almo, dulce, sabroso! Esfuerza, esfuerza	735
	tu soplo, y esta fuerza tan caliente	
	del alto sol ardiente ora quebranta,	
	que ya la tierra planta del pie mío	
	anda a buscar el frío desta hierba.	
	A los hombres reserva tú, Dïana,	740
	en esta siesta insana tu ejercicio;	
	por agora tu oficio desamparo,	
	que me ha costado caro en este día.	
	¡Ay dulce fuente mía, y de cuán alto	
	con solo un sobresalto me arrojaste!	745
	¿Sabes que me quitaste, fuente clara,	
	los ojos de la cara?, que no quiero	
	menos un compañero que yo amaba,	
	mas no como él pensaba. ¡Dios ya quiera	
	que antes Camila muera que padezca	750
	culpa por do merezca ser echada	
	de la selva sagrada de Dïana!	
	¡Oh cuán de mala gana mi memoria	
	renueva aquesta historia! Mas la culpa	
	ajena me disculpa, que si fuera	755
	yo la causa primera desta ausencia,	
	yo diera la sentencia en mi contrario;	
	él fue muy voluntario y sin respeto.	
	Mas ¿para qué me meto en esta cuenta?	
	Quiero vivir contenta y olvidallo	760
	y aquí donde me hallo recrearme.	
	Aquí quiero acostarme, y en cayendo	
	la siesta, iré siguiendo mi corcillo,	
	que yo me maravillo ya y me espanto	
	cómo con tal herida huyó tanto.	765
ALB.	Si mi turbada vista no me miente,	

	<p> paréceme que vi entre rama y rama una ninfa llegar a aquella fuente. Quiero llegar allá; quizá si ella ama, me dirá alguna cosa con que engañe, con algún falso alivio aquesta llama. Y no se me da nada que desbañe mi alma, si es contrario a lo que creo, que a quien no espera bien, no hay mal que dañe. ¡Oh santos dioses! ¿Qué es esto que veo? ¿Es error de fantasma convertida en forma de mi amor y mi deseo? Camila es ésta que está aquí dormida; no puede de otra ser su hermosura. La razón está clara y conocida: una obra sola quiso la natura hacer como ésta, y rompió luego apriesa la estampa do fue hecha tal figura. ¿Quién podrá luego de su forma espresa el traslado sacar, si la maestra misma no basta, y ella lo confiesa? Mas ya que es cierto el bien que a mí se muestra, ¿cómo podré llegar a despertalla, temiendo yo la luz que a ella me adiestra? Si solamente de poder tocalla perdiese el miedo yo... Mas ¿si despierta? Si despierta, tenella y no soltalla. Esta osadía temo que no es cierta. Mas ¿qué me puede hacer? Quiero llegarme. En fin, ella está agora como muerta. Cabe ella por lo menos asentarme bien puedo, mas no ya como solía. ¡Oh mano poderosa de matarme! ¿Viste cuánto tu fuerza en mí podía? ¿Por qué para sanarme no la pruebas?, que su poder a todo bastaría. CAM. ¡Socórreme, Dïana! ALB. ¡No te muevas, que no te he de soltar; escucha un poco! CAM. ¿Quién me dijera, Albanio, tales nuevas? ¡Ninfas del verde bosque, a vos invoco, a vos pido socorro desta fuerza! ¿Qué es esto, Albanio? Dime si estás loco. ALB. Locura debe ser la que me fuerza a querer más que el alma y que la vida a la que a aborrecerme así se esfuerza. CAM. Yo debo ser de ti la aborrecida, pues me quieres tratar de tal manera, siendo tuya la culpa conocida. ALB. ¿Yo culpa contra ti? Si la primera no está por cometer, Camila mía, en tu desgracia y disfavor yo muera. CAM. ¿Tú no violaste nuestra compañía, quiriéndola torcer por el camino que de la vida honesta se desvía? ALB. ¿Cómo de sola una hora el desatino ha de perder mil años de servicio, si el arrepentimiento tras él vino? CAM. Aquéste es de los hombres el oficio: tentar el mal, y si es malo el suceso, pedir con humildad perdón del vicio. ALB. ¿Qué tenté yo, Camila? CAM. ¡Bueno es eso! Esta fuente lo diga, que ha quedado por un testigo de tu mal proceso. ALB. Si puede ser mi yerro castigado con muerte, con deshonor o con tormento, vesme aquí, estoy a todo aparejado.</p>	<p>770</p> <p>775</p> <p>780</p> <p>785</p> <p>790</p> <p>795</p> <p>800</p> <p>805</p> <p>810</p> <p>815</p> <p>820</p> <p>825</p> <p>830</p>
--	---	--

CAM.	Suéltame ya la mano, que el aliento me falta de congoja.	
ALB.	He muy gran miedo que te me irás, que corres más que el viento.	
CAM.	No estoy como solía, que no puedo moverme ya, de mal ejercitada.	835
ALB.	Suelta, que casi me has quebrado un dedo. ¿Estarás, si te suelto, sosegada, mientras con razón clara te demuestro que fuiste sin razón de mí enojada?	840
CAM.	¡Eres tú de razones gran maestro! Suelta, que sí estaré.	
ALB.	Primero jura por la primera fe del amor nuestro.	
CAM.	Yo juro por la ley sincera y pura de la amistad pasada de sentarme y de escuchar tus quejas muy segura.	845
ALB.	¡Cuál me tienes la mano de apretarme con esa dura mano, descreído!	
ALB.	¡Cuál me tienes el alma de dejarme!	
CAM.	¡Mi prendedero de oro! ¡Si es perdido! ¡Oh cuitada de mí, mi prendedero desde aquel valle aquí se me ha caído!	850
ALB.	Mira no se cayese allá primero, antes de aquéste, el Val de la Hortiga.	
CAM.	Doquier que se perdió, buscallo quiero.	855
ALB.	Yo iré a buscallo; excusa esta fatiga, que no puedo sufrir que aquesta arena abrase el blanco pie de mi enemiga.	
CAM.	Pues ya quieres tomar por mí esta pena, derecho ve primero a aquellas hayas, que allí estuve yo echada una hora buena.	860
ALB.	Yo voy, mas entretanto no te vayas.	
CAM.	Seguro ve, ¡que antes verás mi muerte que tú me cobres ni a tus manos hayas!	
ALB.	¡Ah, ninfa desleal! ¿Y desa suerte se guarda el juramento que me diste? ¡Ah, condición de vida dura y fuerte! ¡Oh falso amor, de nuevo me hiciste revivir con un poco de esperanza!	865
	¡Oh modo de matar penoso y triste! ¡Oh muerte llena de mortal tardanza! ¡Por ti podré llamar injusto el cielo, injusta su medida y su balanza! Recibe tú, terreno y duro suelo, este rebelde cuerpo que detiene del alma el expedido y leve vuelo.	870
	Yo me daré la muerte, y aun si viene alguno a resistirme... ¿A resistirme? ¡Él verá que a su vida no conviene! ¿No puedo yo morir, no puedoirme por aquí, por allí, por do quisiere, desnudo espirtu o carne y hueso firme?	875
SAL.	Escucha, que algún mal hacerse quiere, o cierto tiene trastornado el seso.	
ALB.	¡Aquí tuviese yo quien mal me quiere! Descargado me siento de un gran peso; páreceme que vuelo, despreciando monte, choza, ganado, leche y queso.	885
	¿No son aquéstos pies? Con ellos ando. Ya caigo en ello, el cuerpo se me ha ido; sólo el espirtu es este que ora mando.	890
	¿Hale hurtado alguno o escondido mientras mirando estaba yo otra cosa? ¿O si quedó por caso allí dormido? Una figura de color de rosa estaba allí durmiendo; ¿si es aquélla	895

NEM.	mi cuerpo? No, que aquélla es muy hermosa. ¡Gentil cabeza! No daría por ella yo para mi traer solo un cornado.	
ALB.	¿A quién iré del hurto a dar querella?	900
SAL.	Extraño ejemplo es ver en qué ha parado este gentil mancebo, Nemoroso; y a nosotros, que le hemos más tratado, manso, cuerdo, agradable, virtuoso, sufrido, conversable, buen amigo, y con un alto ingenio, gran reposo.	905
ALB.	Yo podré poco o hallaré testigo de quién hurtó mi cuerpo; aunque esté ausente, yo le perseguiré como a enemigo. ¿Sabrásme decir de él, mi clara fuente? Dímelo, si lo sabes; así Febo nunca tus frescas ondas escaliente. Allá dentro en el fondo está un mancebo de laurel coronado, y en la mano un palo propio, como yo, de acebo.	910
	¡Hola! ¿Quién está allá? Responde, hermano. ¡Válgame, Dios! O tú eres sordo o mudo, o enemigo mortal del trato humano. Espirtu soy, de carne ya desnudo, que busco el cuerpo mío, que me ha hurtado algún ladrón malvado, injusto y crudo. Callar que callarás. ¿Hasme escuchado? ¡Oh santo Dios! Mi cuerpo mismo veo, o yo tengo el sentido trastornado.	915
	¡Oh cuerpo, hete hallado y no lo creo! ¡Tanto sin ti me hallo descontento! Pon fin ya a tu destierro y mi deseo.	920
NEM.	Sospecho que el contino pensamiento que tuvo de morir antes de agora le representa aqueste apartamiento.	925
SAL.	Como del que velando siempre llora, quedan durmiendo las especies llenas de dolor que en el alma triste mora.	930
ALB.	Si no estás en cadenas, sal ya fuera a darme verdadera forma de hombre, que agora solo el nombre me ha quedado. Y si allá estás forzado en ese suelo, dímelo, que si al cielo que me oyere con quejas no moviere y llanto tierno, convocaré el infierno y reino oscuro y romperé su muro de diamante, como hizo el amante blandamente por la consorte ausente que cantando estuvo halagando las culebras de las hermanas negras mal peinadas.	935
NEM.	¡De cuán desvariadas opiniones saca buenas razones el cuitado!	940
SAL.	El curso acostumbrado del ingenio, aunque le falte el genio que lo mueva, con la fuga que lleva corre un poco, y aunque éste está ora loco, no por eso ha de dar al travieso su sentido, en todo habiendo sido cual tú sabes.	945
NEM.	No más, no me le alabes, que por cierto, de vello como muerto estoy llorando.	950
ALB.	Estaba contemplando qué tormento es este apartamiento. A lo que pienso no nos aparta inmenso mar airado, no torres de fosado rodeadas, no montañas cerradas y sin vía, no ajena compañía dulce y cara; un poco de agua clara nos detiene. Por ella no conviene lo que entramos	955
		960

	con ansia deseamos, porque al punto que a ti me acerco y junto, no te apartas; antes nunca te hartas de mirarme y de significarme en tu meneo que tienes gran deseo de juntarte con esta media parte. Daca, hermano,	965
	échame acá esa mano, y como buenos amigos a lo menos nos juntemos y aquí nos abracemos. ¡Ah, burlaste! ¿Así te me escapaste? Yo te digo que no es obra de amigo hacer eso.	970
	¿Quedo yo, don Travieso, remojado, y tú estás enojado? ¡Cuán apriesa mueves -¿qué cosa es esa?- tu figura! ¿Aún esa desventura me quedaba? Ya yo me consolaba en ver serena tu imagen, y tan buena y amorosa.	975
	No hay bien ni alegre cosa ya que dure. A lo menos que cure tu cabeza.	980
NEM.	Salgamos, que ya empieza un furor nuevo.	
SAL.	¡Oh Dios! ¿Por qué no pruebo a echarme dentro hasta llegar al centro de la fuente?	985
ALB.	¿Qué es esto, Albanio? ¡Tente! ¡Oh manifiesto ladrón! Mas ¿qué es aquesto? Y ¿es muy bueno vestiros de lo ajeno y ante el dueño, como si fuese un leño sin sentido, venir muy revestido de mi carne!	990
	¡Yo haré que descarne esa alma osada aquesta mano airada!	
SAL.	¡Está quedo! ¡Llega tú, que no puedo detenelle! Pues ¿qué quieres hacelle?	
NEM.	¿Yo? Dejalle,	995
SAL.	si desenclavijalle yo acabase la mano, a que escapase mi garganta. No tiene fuerza tanta; solo puedes hacer tú lo que debes a quien eres.	
NEM.	¡Qué tiempo de placeres y de burlas! ¿Con la vida te burlas, Nemoroso?	1000
SAL.	¡Ven, ya no estés donoso! Luego vengo, en cuanto me detengo yo aquí un poco, veré cómo de un loco te desatas.	
NEM.	¡Ay, paso, que me matas!	
ALB.	¡Aunque mueras!	
NEM.	¡Ya aquello va de veras! ¡Suelta, loco!	1005
ALB.	Déjame estar un poco, que ya acabo.	
NEM.	¡Suelta ya!	
ALB.	¿Qué te hago?	
NEM.	¿A mí? ¡No, nada!	
ALB.	Pues vete tu jornada, y nunca entiendas en ajenas contiendas.	
SAL.	¡Ah, furioso! Afierra, Nemoroso; tenle fuerte. ¡Yo te daré la muerte, don Perdido! Ténmele tú tendido mientras lo ato, probemos así un rato a castigallo; quizá con espantallo habrá algún miedo.	1010
ALB.	Señores, si estoy quedo, ¿dejaréisme?	1015
SAL.	¡No!	
ALB.	¡Pues qué! ¿Mataréisme?	
SAL.	¡Sí!	
ALB.	¿Sin falta? Mira cuánto más alta aquella sierra está que la otra tierra.	
NEM.	Bueno es esto.	

	Él olvidará presto la braveza.	
SAL.	¡Calla, que así se aveza a tener seso!	1020
ALB.	¿Cómo, azotado y preso?	
SAL.	¡Calla, escucha!	
ALB.	Negra fue aquella lucha que contigo hice, que tal castigo dan tus manos. ¿No éramos como hermanos de primero?	
NEM.	Albanio, compañero, calla agora y duerme aquí algún hora, y no te muevas.	1025
ALB.	¿Sabes algunas nuevas de mí?	
SAL.	¡Loco!	
ALB.	Paso, que duermo un poco.	
SAL.	¿Duermes cierto?	
ALB.	¿No me ves como un muerto? Pues ¿qué hago?	
SAL.	Éste te dará el pago, si despiertas, en esas carnes muertas, te prometo.	1030
NEM.	Algo está más quieto y reposado que hasta aquí. ¿Qué dices tú, Salicio?	
	¿Parécete que puede ser curado?	
SAL.	En procurar cualquiera beneficio a la vida y salud de un tal amigo, haremos el debido y justo oficio.	1035
NEM.	Escucha, pues, un poco lo que digo; contaréte una estraña y nueva cosa, de que yo fui la parte y el testigo. En la ribera verde y deleitosa del sacro Tormes, dulce y claro río, hay una vega grande y espaciosa, verde en el medio del invierno frío, en el otoño verde y primavera,	1040
	verde en la fuerza del ardiente estío. Levántase al fin della una ladera, con proporción graciosa en el altura, que sojuzga la vega y la ribera. Allí está sobrepuesta la espesura de las hermosas torres, levantadas al cielo con estraña hermosura.	1045
	No tanto por la fábrica estimadas, aunque estraña labor allí se vea, cuanto por sus señores ensalzadas.	1050
	Allí se halla lo que se desea: virtud, linaje, haber y todo cuanto bien de natura o de fortuna sea. Un hombre mora allí de ingenio tanto, que toda la ribera adonde él vino nunca se harta de escuchar su canto. Nacido fue en el campo placentino, que con estrago y destrucción romana en el antiguo tiempo fue sanguino, y en éste con la propia la inhumana furia infernal, por otro nombre guerra, lo tiñe, y lo rúina y lo profana.	1055
	Él, viendo aquesto, abandonó su tierra, por ser más del reposo compañero, que de la patria que el furor atierra.	1060
	Llevóle a aquella parte el buen agüero de aquella tierra de Alba tan nombrada, que este es el nombre della, y de él Severo. A aquéste, Febo no le escondió nada, antes de piedras, hierbas y animales diz que le fue noticia entera dada.	1065
	Éste, cuando le place, a los caudales ríos el curso presuroso enfrena con fuerza de palabras y señales. La negra tempestad en muy serena y clara luz convierte, y aquel día, si quiere revolvello, el mundo atruena.	1070
		1075
		1080

	La luna de allá arriba bajaría si al son de las palabras no impidiese el son del carro que la mueve y guía.	1085
	Temo que si decirte presumiese de su saber la fuerza con loores, que en lugar de alaballo lo ofendiese. Mas no te callaré que los amores con un tan eficaz remedio cura cual se conviene a tristes amadores.	1090
	En un punto remueve la tristura, convierte en odio aquel amor insano, y restituye el alma a su natura. No te sabré decir, Salicio hermano, la orden de mi cura y la manera, mas sé que me partí dél libre y sano. Acuérdaseme bien que en la ribera de Tormes lo hallé solo, cantando tan dulce que una piedra enterneciera.	1095
	Como cerca me vido, adivinando la causa y la razón de mi venida, suspense un rato estuvo así callando; y luego con voz clara y expedida soltó la rienda al verso numeroso en alabanzas de la libre vida.	1100
	Yo estaba embebecido y vergonzoso, atento al son y viéndome del todo fuera de libertad y de reposo; no sé decir sino que en fin de modo aplicó a mi dolor la medicina, que el mal desarraigó de todo en todo. Quedé yo entonces como quien camina de noche por caminos enriscados, sin ver dónde la senda o paso inclina;	1105
	mas, venida la luz y contemplados, del peligro pasado nace un miedo que deja los cabellos erizados. Así estaba mirando, atento y quedo, aquel peligro yo que atrás dejaba, que nunca sin temor pensallo puedo.	1110
	Tras esto luego se me presentaba, sin antojos delante, la vileza de lo que antes ardiendo deseaba. Así curó mi mal, con tal destreza, el sabio viejo, como te he contado, que volvió el alma a su naturaleza y soltó el corazón aherrojado.	1115
SAL.	¡Oh gran saber! ¡oh viejo frutüoso! ¡Que el perdido reposo al alma vuelve, y lo que la revuelve y lleva a tierra del corazón destierra en continente! Con esto solamente que contaste, así le reputaste acá conmigo, que sin otro testigo a desealle ver presente y hablalle me levantas.	1120
NEM.	¿Desto poco te espantas tú, Salicio? De más te daré indicio manifiesto, si no te soy molesto y enojoso.	1125
SAL.	¿Qué es esto, Nemoroso, y qué cosa puede ser tan sabrosa en otra parte a mí, como escucharte? No la siento, cuanto más este cuento de Severo; dímelo por entero, por tu vida, pues no hay quien nos impida ni embarace. Nuestro ganado pace, el viento espira, Filomena suspira en dulce canto y en amoroso llanto se amancilla; gime la tortolilla sobre el olmo,	1130
		1135
		1140
		1145

	preséntanos a colmo el prado flores	1150
	y esmalta en mil colores su verdura;	
	la fuente clara y pura, murmurando,	
	nos está convidando a dulce trato.	
NEM.	Escucha, pues, un rato, y diré cosas	1155
	extrañas y espantosas poco a poco.	
	Ninfas, a vos invoco; verdes faunos,	
	sátiros y silvanos, soltad todos	
	mi lengua en dulces modos y sotiles,	
	que ni los pastoriles ni el avena	1160
	ni la zampoña suena como quiero.	
	Este nuestro Severo pudo tanto	
	con el süave canto y dulce lira	
	que, revueltos en ira y torbellino,	
	en medio del camino se pararon	
	los vientos y escucharon muy atentos	1165
	la voz y los acentos, muy bastantes	
	a que los repugnantes y contrarios	
	hiciesen voluntarios y conformes.	
	A aquéste el viejo Tormes, como a hijo,	1170
	le metió al escondrijo de su fuente,	
	de do va su corriente comenzada.	
	Mostróle una labrada y cristalina	
	urna, donde él reclina el diestro lado,	
	y en ella vio entallado y esculpido	1175
	lo que, antes de haber sido, el sacro viejo	
	por divino consejo puso en arte,	
	labrando a cada parte las extrañas	
	virtudes y hazañas de los hombres	
	que con sus claros nombres ilustraron	1180
	cuanto señorearon de aquel río.	
	Estaba con un brío desdeñoso,	
	con pecho corajoso, aquel valiente	
	que contra un rey potente y de gran seso,	
	que el viejo padre preso le tenía,	1185
	cruda guerra movía despertando	
	su ilustre y claro bando al ejercicio	
	de aquel piadoso oficio. A aquéste junto	
	la gran labor al punto señalaba	
	al hijo que mostraba acá en la tierra	1190
	ser otro Marte en guerra, en corte Febo.	
	Mostrábase mancebo en las señales	
	del rostro, que eran tales, que esperanza	
	y cierta confianza claro daban,	
	a cuantos le miraban, que él sería	1195
	en quien se informaría un ser divino.	
	Al campo sarracino en tiernos años	
	daba con graves daños a sentillo,	
	que, como fue caudillo del cristiano,	
	ejercitó la mano y el maduro	1200
	seso y aquel seguro y firme pecho.	
	En otra parte, hecho ya más hombre,	
	con más ilustre nombre, los arneses	
	de los fieros franceses abollaba.	
	Junto, tras esto, estaba figurado	1205
	con el arnés manchado de otra sangre,	
	sosteniendo la hambre en el asedio,	
	siendo él solo el remedio del combate,	
	que con fiero rebate y con rüido	
	por el muro batido le ofrecían.	1210
	Tantos al fin morían por su espada,	
	a tantos la jornada puso espanto,	
	que no hay labor que tanto notifique	
	cuanto el fiero Fadrique de Toledo	
	puso terror y miedo al enemigo.	
	Tras aqueste que digo se veía	1215
	el hijo don García, que en el mundo	

sin par y sin segundo solo fuera,
 si hijo no tuviera. ¿Quién mirara
 de su hermosa cara el rayo ardiente,
 quién su resplandeciente y clara vista, 1220
 que no diera por lista su grandeza?
 Estaban de crüeza fiera armadas
 las tres inicuas hadas, cruda guerra
 haciendo allí a la tierra con quitalle
 a éste, que en alcanzalle fue dichosa. 1225
 ¡Oh patria lagrimosa, y cómo vuelves
 los ojos a los Gelves, suspirando!
 Él está ejercitando el duro oficio,
 y con tal artificio la pintura
 mostraba su figura, que dijeras, 1230
 si pintado lo vieras, que hablaba.
 El arena quemaba, el sol ardía,
 la gente se caía medio muerta;
 él solo con despierta vigilancia
 dañaba la tardanza floja, inerte, 1235
 y alababa la muerte gloriosa.
 Luego la polvorosa muchedumbre,
 gritando a su costumbre, le cercaba;
 mas el que se llegaba al fiero mozo
 llevaba, con destrozo y con tormento, 1240
 del loco atrevimiento el justo pago.
 Unos en bruto lago de su sangre,
 cortado ya el estambre de la vida,
 la cabeza partida revolcaban;
 otros claro mostraban, espirando 1245
 de fuera palpitando las entrañas,
 por las fieras y extrañas cuchilladas
 de aquella mano dadas. Mas el hado
 acerbo, triste, airado fue venido,
 y al fin él, confundido de alboroto, 1250
 atravesado y roto de mil hierros,
 pidiendo de sus yerros venia al cielo,
 puso en el duro suelo la hermosa
 cara, como la rosa matutina,
 cuando ya el sol declina al mediodía, 1255
 que pierde su alegría, y marchitando
 va la color mudando; o en el campo
 cual queda el lirio blanco que el arado
 crudamente cortado al pasar deja,
 del cual aún no se aleja presuroso 1260
 aquel color hermoso, o se destierra;
 mas ya la madre tierra, descuidada,
 no le administra nada de su aliento,
 que era el sustentamiento y vigor suyo.
 ¡Tal está el rostro tuyo en el arena, 1265
 fresca rosa, azucena blanca y pura!
 Tras esto una pintura extraña tira
 los ojos de quien mira y los detiene
 tanto, que no conviene mirar cosa
 extraña ni hermosa, sino aquélla. 1270
 De vestidura bella allí vestidas
 las gracias esculpidas se veían;
 solamente traían un delgado
 velo que el delicado cuerpo viste,
 mas tal que no resiste a nuestra vista. 1275
 Su diligencia en vista demostraban;
 todas tres ayudaban en una hora
 una muy gran señora que paría.
 Un infante se vía ya nacido
 tal cual jamás salido de otro parto 1280
 del primer siglo al cuarto vio la luna.
 En la pequeña cuna se leía
 un nombre que decía: don Fernando.

Bajaban, dél hablando, de dos cumbres
 aquellas nueve lumbres de la vida 1285
 con ligera corrida; iba con ellas,
 cual luna con estrellas, el mancebo
 intonso y rubio Febo; y en llegando,
 por orden abrazando todas fueron
 al niño, que tuvieron luengamente 1290
 visto como presente. De otra parte
 Mercurio estaba, y Marte, cauto y fiero,
 viendo el gran caballero que encogido
 en el recién nacido cuerpo estaba.
 Entonces lugar daba mesurado 1295
 a Venus, que a su lado estaba puesta.
 Ella con mano presta y abundante
 néctar sobre el infante desparcía,
 mas Febo la desvía de aquel tierno
 niño, y daba el gobierno a sus hermanas. 1300
 Del cargo están ufanas todas nueve.
 El tiempo el paso mueve; el niño crece
 y en tierna edad florece y se levanta
 como felice planta en buen terreno.
 Ya sin precepto ajeno él daba tales 1305
 de su ingenio señales que espantaban
 a los que lo criaban. Luego estaba
 cómo una le entregaba a un gran maestro,
 que con ingenio diestro y vida honesta
 hiciese manifiesta al mundo y clara 1310
 aquel ánima rara que allí vía.
 Al niño recibía con respeto
 un viejo en cuyo aspecto se vía junto
 severidad a un punto con dulzura.
 Quedó desta figura como helado 1315
 Severo, y espantado viendo el viejo,
 que, como si en espejo se mirara,
 en cuerpo, edad y cara eran conformes.
 En esto, el rostro a Tormes revolviendo,
 vio que estaba riendo de su espanto. 1320
 ¿De qué te espantas tanto?, dijo el río.
 ¿No basta el saber mío a que primero
 que naciese Severo, yo supiese
 que había de ser quien diese la doctrina
 al ánima divina deste mozo? 1325
 Él, lleno de alborozo y de alegría,
 sus ojos mantenía de pintura.
 Miraba otra figura de un mancebo,
 el cual venía con Febo mano a mano,
 al modo cortesano. En su manera, 1330
 juzgáralo cualquiera, viendo el gesto
 lleno de un sabio, honesto y dulce afecto,
 por un hombre perfecto en la alta parte
 de la difícil arte cortesana,
 maestra de la humana y dulce vida. 1335
 Luego fue conocida de Severo
 la imagen por entero fácilmente
 deste que allí presente era pintado.
 Vio que era el que habia dado a don Fernando,
 su ánimo formando en luenga usanza, 1340
 el trato, la crianza y gentileza,
 la dulzura y llaneza acomodada,
 la virtud apartada y generosa,
 y en fin cualquier cosa que se vía
 en la cortesanía, de que lleno 1345
 Fernando tuvo el seno y bastecido.
 Después de conocido, leyó el nombre
 Severo de aqueste hombre, que se llama
 Boscán, de cuya llama clara y pura
 sale el fuego que apura sus escritos, 1350

que en siglos infinitos tendrán vida.
 De algo más crecida edad miraba
 al niño que escuchaba sus consejos.
 Luego los aparejos ya de Marte,
 estotro puesto aparte, le traía. 1355
 Así les convenía a todos ellos
 que no pudiera dellos dar noticia
 a otro la milicia en muchos años.
 Obraba los engaños de la lucha,
 la maña y fuerza mucha y ejercicio 1360
 con el robusto oficio está mezclando.
 Allí con rostro blando y amoroso
 Venus aquel hermoso mozo mira,
 y luego le retira por un rato
 de aquel áspero trato y son de hierro. 1365
 Mostrábale ser yerro y ser mal hecho
 armar contino el pecho de dureza,
 no dando a la terneza alguna puerta.
 Entrada en una huerta con él siendo,
 una ninfa durmiendo le mostraba; 1370
 el mozo la miraba y juntamente,
 de súbito accidente acometido,
 estaba embebecido, y a la diosa
 que a la ninfa hermosa se allegase
 mostraba que rogase, y parecía 1375
 que la diosa temía de llegarse.
 Él no podía hartarse de miralla,
 eternamente amalla proponiendo.
 Luego venía corriendo Marte airado,
 mostrándose alterado en la persona, 1380
 y daba una corona a don Fernando.
 Estábale mostrando un caballero
 que con semblante fiero amenazaba
 al mozo que quitaba el nombre a todos. 1385
 Con atentados modos se movía
 contra el que le atendía en una puente;
 mostraba claramente la pintura
 que acaso noche oscura entonces era.
 De la batalla fiera era testigo 1390
 Marte, que al enemigo condenaba
 y al mozo coronaba en el fin de ella;
 el cual, como la estrella relumbrante
 que el sol envía delante, resplandece.
 De allí su nombre crece, y se derrama 1395
 su valerosa fama a todas partes.
 Luego con nuevas artes se convierte
 a hurtar a la muerte y a su abismo
 gran parte de sí mismo y quedar vivo
 cuando el vulgo cativo le llorare
 y, muerto, le llamare con deseo. 1400
 Estaba el Himeneo allí pintado,
 el diestro pie calzado en lazos de oro.
 De vírgenes un coro está cantando,
 partidas altercando y respondiendo,
 y en un lecho poniendo una doncella 1405
 que, quien atento aquélla bien mirase
 y bien la cotejase en su sentido
 con la que el mozo vido allá en la huerta,
 verá que la despierta y la dormida
 por una es conocida de presente. 1410
 Mostraba juntamente ser señora
 digna y merecedora de tal hombre;
 el almohada el nombre contenía,
 el cual doña María Enríquez era.
 Apenas tienen fuera a don Fernando, 1415
 ardiendo y deseando estar ya echado.
 Al fin era dejado con su esposa

dulce, pura, hermosa, sabia, honesta.
 En un pie estaba puesta la fortuna,
 nunca estable ni una, que llamaba 1420
 a Fernando, que estaba en vida ociosa,
 porque en dificultosa y ardua vía
 quisiera ser su guía y ser primera;
 mas él por compañera tomó aquella,
 siguiendo a la que es bella descubierta 1425
 y juzgada, cubierta, por disforme.
 El nombre era conforme a aquesta fama:
 virtud ésta se llama, al mundo rara.
 ¿Quién tras ella guíara igual en curso
 sino éste, que el discurso de su lumbre 1430
 forzaba la costumbre de sus años,
 no recibiendo engaños sus deseos?
 Los montes Pireneos, que se estima
 de abajo que la cima está en el cielo
 y desde arriba el suelo en el infierno, 1435
 en medio del invierno atravesaba.
 La nieve blanqueaba, y las corrientes
 por debajo de puentes cristalinas
 y por heladas minas van calladas.
 El aire las cargadas ramas mueve, 1440
 que el peso de la nieve las desgaja.
 Por aquí se trabaja el duque osado,
 del tiempo contrastado y de la vía,
 con clara compañía de ir delante.
 El trabajo constante y tan loable 1445
 por la Francia mudable, en fin, lo lleva.
 La fama en él renueva la presteza,
 la cual con ligereza iba volando
 y con el gran Fernando se paraba
 y le significaba en modo y gesto 1450
 que el caminar muy presto convenía.
 De todos escogía el duque uno,
 y entramos de consuno cabalgaban;
 los caballos mudaban fatigados,
 mas a la fin llegados a los muros 1455
 del gran París seguros, la dolencia
 con su débil presencia y amarilla
 bajaba de la silla al duque sano
 y con pesada mano le tocaba.
 Él luego comenzaba a demudarse 1460
 y amarillo pararse y a dolerse.
 Luego pudiera verse de travieso
 venir por un espeso bosque ameno,
 de buenas hierbas lleno y medicina,
 Esculapio, y camina, no parando 1465
 hasta donde Fernando está en lecho.
 Entró con pie derecho, y parecía
 que le restituía en tanta fuerza
 que a proseguir se esfuerza su viaje,
 que le llevó al pasaje del gran Reno. 1470
 Tomábale en su seno el caudaloso
 y claro río, gozoso de tal gloria,
 trayendo a la memoria cuando vino
 el vencedor latino al mismo paso.
 No se mostraba escaso de sus ondas; 1475
 antes, con aguas hondas que engendraba,
 los bajos igualaba, y al liviano
 barco daba de mano, el cual, volando,
 atrás iba dejando muros, torres.
 Con tanta priesa corre, navecilla, 1480
 que llegas do amancilla una doncella,
 y once mil más con ella, y mancha el suelo
 de sangre que en el cielo está esmaltada.
 Úrsula, desposada y virgen pura,

y acabó aquella guerra peligrosa
con mano poderosa y con estrago
de la fiera Cartago y de su muro,
y del terrible y duro su caudillo, 1555
cuyo agudo cuchillo a las gargantas
Italia tuvo tantas veces puesto.
Mostrábase tras esto allí esculpida
la envidia carcomida, a sí molesta;
contra Fernando puesta frente a frente, 1560
la desvalida gente convocaba,
y contra aquél la armaba y con sus artes
busca por todas partes daño y mengua.
Él, con su mansa lengua y largas manos
los tumultos livianos asentando, 1565
poco a poco iba alzando tanto el vuelo,
que la envidia en el cielo le miraba;
y como no bastaba a la conquista,
vencida ya su vista de tal lumbre,
forzaba su costumbre, y parecía 1570
que perdón le pedía, en tierra echada.
Él, después de pisada, descansado
quedaba y aliviado deste enojo
y lleno de despojo desta fiera;
hallaba en la ribera del gran río, 1575
de noche al puro frío del sereno,
a César, que en su seno está pensoso
del suceso dudoso desta guerra;
que, aunque de sí destierra la tristeza,
del caso la grandeza trae consigo 1580
el pensamiento amigo del remedio.
Entramos buscan medio conveniente
para que aquel terrible furor loco
les empeciese poco y recibiese
tal estrago, que fuese destrozado. 1585
Después de haber hablado, ya cansados,
en la hierba acostados se dormían;
el gran Danubio oían ir sonando,
casi como aprobando aquel consejo.
En esto el claro viejo río se vía 1590
que del agua salía muy callado,
de sauces coronado y de un vestido,
de las ovas tejido, mal cubierto;
y en aquel sueño incierto les mostraba
todo cuanto tocaba al gran negocio. 1595
Y parecía que el ocio sin provecho
les sacaba del pecho; porque luego,
como si en vivo fuego se quemara
alguna cosa cara, se levantan
del gran sueño y se espantan, alegrando 1600
el ánimo y alzando la esperanza.
El río sin tardanza parecía
que el agua disponía al gran viaje;
allanaba el pasaje y la corriente,
para que fácilmente aquella armada, 1605
que había de ser guiada por su mano,
en el remar liviano y dulce viese
cuánto el Danubio fuese favorable.
Con presteza admirable vieras junto
un ejército a punto denodado; 1610
y después de embarcado, el remo lento,
el duro movimiento de los brazos,
los pocos embarazos de las ondas
llevaban por las hondas aguas presta
el armada, molesta al gran tirano. 1615
El artificio humano no hiciera
pintura que exprimiera vivamente
el armada, la gente, el curso, el agua;

y apenas en la fragua, donde sudan
los cíclopes y mudan fatigados 1620
los brazos, ya cansados del martillo,
pudiera así exprimillo el gran maestro.
Quien viera el curso diestro por la clara
corriente, bien jurara a aquellas horas
que las agudas proras dividían 1625
el agua y la hendían con sonido,
y el rastro iba seguido; luego vieras
al viento las banderas tremolando,
las ondas imitando en el moverse.
Pudiera también verse casi viva 1630
la otra gente esquiva y descreída,
que de ensoberbecida y arrogante
pensaban que delante no hallaran
hombres que se pararan a su furia.
Los nuestros, tal injuria no sufriendo, 1635
remos iban metiendo con tal gana
que iba de espuma cana el agua llena.
El temor enajena al otro bando
el sentido, volando de uno en uno;
entrábase importuno por la puerta 1640
de la opinión incierta, y siendo dentro,
en el íntimo centro allá del pecho
les dejaba deshecho un hielo frío,
el cual, como un gran río en flujos gruesos
por medulas y huesos discurría. 1645
Todo el campo se vía conturbado,
y con arrebatado movimiento
sólo del salvamiento platicaban.
Luego se levantaban con desorden;
confusos y sin orden caminando, 1650
atrás iban dejando, con recelo,
tendida por el suelo, su riqueza.
Las tiendas do pereza y do fornicio
con todo bruto vicio obrar solían,
sin ellas se partían; así armadas, 1655
eran desamparadas de sus dueños.
A grandes y pequeños juntamente
era el temor presente por testigo,
y el áspero enemigo a las espaldas,
que les iba las faldas ya mordiendo. 1660
César estar teniendo allí se vía
a Fernando, que ardía sin tardanza
por colorar su lanza en turca sangre.
Con animosa hambre y con denuedo
forceja con quien quedo estar le manda; 1665
como lebel de Irlanda generoso
que el jabalí cerdoso y fiero mira,
rebátese, suspira, fuerza y riñe,
y apenas le costríñe el atadura
que el dueño con cordura más aprieta: 1670
así estaba perfeta y bien labrada
la imagen figurada de Fernando,
que quien allí mirando lo estuviera,
que era desta manera bien juzgara.
Resplandeciente y clara de su gloria 1675
pintada la Vitoria se mostraba;
a César abrazaba, y no parando,
los brazos a Fernando echaba al cuello.
Él mostraba de aquello sentimiento,
por ser el vencimiento tan holgado. 1680
Estaba figurado un carro extraño
con el despojo y daño de la gente
bárbara, y juntamente allí pintados
cativos amarrados a las ruedas,
con hábitos y sedas variadas; 1685

lanzas rotas, celadas y banderas,
 armaduras ligeras de los brazos,
 escudos en pedazos divididos,
 vieras allí cogidos en trofeo,
 con que el común deseo y voluntades 1690
 de tierras y ciudades se alegraba.
 Tras esto blanqueaba falda y seno
 con velas, al Tirreno del armada
 sublime y ensalzada y gloriosa. 1695
 Con la prora espumosa las galeras,
 como nadantes fieras, el mar cortan
 hasta que en fin aportan con corona
 de lauro a Barcelona, do cumplidos
 los votos ofrecidos y deseos,
 y los grandes trofeos ya repuestos, 1700
 con movimientos prestos de allí luego,
 en amoroso fuego todo ardiendo,
 el duque iba corriendo y no paraba.
 Cataluña pasaba, atrás la deja;
 ya de Aragón se aleja, y en Castilla, 1705
 sin bajar de la silla, los pies pone.
 El corazón dispone al alegría
 que vecina tenía, y reserena
 su rostro, y enajena de sus ojos
 muerte, daños, enojos, sangre y guerra. 1710
 Con solo amor se encierra sin respeto,
 y el amoroso afecto y celo ardiente
 figurado y presente está en al cara;
 y la consorte cara, presurosa,
 de un tal placer dudosa, aunque lo vía, 1715
 el cuello le ceñía en nudo estrecho
 de aquellos brazos hecho delicados;
 de lágrimas preñados relumbraban
 los ojos que sobraban al sol claro.
 Con su Fernando caro y señor pío 1720
 la tierra, el campo, el río, el monte, el llano
 alegres a una mano estaban todos,
 mas con diversos modos lo decían.
 Los muros parecían de otra altura,
 el campo en hermosura de otras flores 1725
 pintaba mil colores desconformes;
 estaba el mismo Tormes figurado,
 en torno rodeado de sus ninfas,
 vertiendo claras linfas con instancia,
 en mayor abundancia que solía; 1730
 del monte se veía el verde seno
 de ciervos todo lleno, corzos, gamos,
 que de los tiernos ramos van rumiando;
 el llano está mostrando su verdura,
 tendiendo su llanura así espaciosa 1735
 que a la vista curiosa nada empece
 ni deja en qué tropiece el ojo vago.
 Bañados en un lago, no de olvido,
 mas de un embebecido gozo, estaban
 cuantos consideraban la presencia 1740
 deste cuya excelencia el mundo canta,
 cuyo valor quebranta al turco fiero.
 Aquesto vio Severo por sus ojos,
 y no fueron antojos ni ficciones;
 si oyeras sus razones, yo te digo 1745
 que como a buen testigo lo creyeras.
 Contaba muy de veras que mirando
 atento y contemplando las pinturas,
 hallaba en las figuras tal destreza,
 que con mayor viveza no pudieran 1750
 estar si ser les dieran vivo y puro.
 Lo que dellas oscuro allí hallaba,

y el ojo no bastaba a recogello,
el río le daba dello gran noticia.
Éste, de la milicia, dijo el río, 1755
la cumbre y señorío tendrá solo
del uno al otro polo, y porque espantes
a todos, cuando cantes los famosos
hechos tan gloriosos, tan ilustres,
sabe que en cinco lustres de sus años 1760
hará tantos engaños a la muerte,
que con ánimo fuerte habrá pasado
por cuanto aquí pintado della has visto.
Ya todo lo has previsto, vamos fuera,
dejarte he en la ribera do estar sueles. 1765
Quiero que me reveles tú primero,
le replicó Severo, qué es aquello
que de mirar en ello se me ofusca
la vista; así corusca y resplandece,
y tan claro parece allí en la urna 1770
como en hora nocturna la cometa.
Amigo, no se meta, dijo el viejo,
ninguno, le aconsejo, en este suelo
en saber más que el cielo le otorgare;
y si no te mostrare lo que pides, 1775
tú mismo me lo impides, porque en tanto
que el mortal velo y manto el alma cubren,
mil cosas se te encubren, que no bastan
tus ojos que contrastan a mirallas.
No pude yo pintallas con menores 1780
luces y resplandores, porque sabe,
y aquesto en ti bien cabe, que esto todo
que en excesivo modo resplandece,
tanto, que no parece ni se muestra,
es lo que aquella diestra mano osada 1785
y virtud sublimada de Fernando
acabarán entrando más los días;
lo cual con lo que vías comparado,
es como con nublado muy oscuro
el sol ardiente, puro y relumbrante. 1790
Tu vista no es bastante a tanta lumbre
hasta que la costumbre de miralla
tu ver al contemplalla no confunda.
Como en cárcel profunda el encerrado 1795
que, súpito sacado, le atormenta
el sol que se presenta a sus tinieblas,
así tú, que las nieblas y hondura,
metido en estrechura, contemplabas,
que era cuando mirabas otra gente, 1800
viendo tan diferente suerte de hombre,
no es mucho que te asombre luz tamaña.
Pero vete, que baña el sol hermoso
su carro presuroso ya en las ondas,
y antes que me respondas, será puesto. 1805
Diciendo así, con gesto muy humano
tomóle por la mano. ¡Oh admirable
caso y, cierto, espantable! Que en saliendo,
se fueron estriñendo de una parte
y de otra de tal arte aquellas ondas,
que las aguas, que hondas ser solían, 1810
el suelo descubrían, y dejaban
seca por do pasaban la carrera,
hasta que en la ribera se hallaron;
y como se pararon en un alto,
el viejo de allí un salto dio con brío 1815
y levantó del río espuma al cielo
y comovió del suelo negra arena.
Severo, ya de ajena ciencia instruto,
fuese a coger el fruto sin tardanza

	de futura esperanza; y escribiendo, las cosas fue exprimiendo muy conformes a las que había de Tormes aprendido; y aunque de mi sentido él bien juzgase que no las alcanzase, no por eso este largo proceso, sin pereza,	1820 1825
SAL.	dejó por su nobleza de mostrarme. Yo no podía hartarme allí leyendo, y tú de estarme oyendo estás cansado. Espantado me tienes con tan estraño cuento, y al son de tu hablar embebecido. Acá dentro me siento, oyendo tantos bienes y el valor deste príncipe escogido, bullir con el sentido	1830 1835
	y arder con el deseo, por contemplar presente aquel que, estando ausente, por tu divina relación ya veo. ¡Quién viese la escritura, ya que no puede verse la pintura! Por firme y verdadero, después que te he escuchado, tengo que ha de sanar Albanio cierto, que según me has contado,	1840 1845
	bastara tu Severo a dar salud a un vivo y vida a un muerto; que a quien fue descubierto un tamaño secreto, razón es que se crea que cualquiera que sea alcanzará con su saber perfecto, y a las enfermedades aplicará contrarias calidades.	1850
NEM.	Pues ¿en qué te resumes, di, Salicio, acerca deste enfermo compañero?	1855
SAL.	En que hagamos el debido oficio. Luego de aquí partamos, y primero que haga curso el mal y se envejezca, así le presentemos a Severo.	1860
NEM.	Yo soy contento, y antes que amanezca y que del sol el claro rayo ardiente sobre las altas cumbres se parezca, el compañero mísero y doliente llevemos luego donde cierto entiendo que será guarecido fácilmente.	1865
SAL.	Recoge tu ganado, que cayendo ya de los altos montes las mayores sombras con ligereza van corriendo; mira en torno, y verás por los alcores salir el humo de las caserías de aquestos comarcanos labradores. Recoge tus ovejas y las mías, y vete tú con ellas poco a poco por aquel mismo valle que solías.	1870 1875
NEM.	Yo solo me avendré con nuestro loco, que pues él hasta aquí no se ha movido, la braveza y furor debe ser poco. Si llegas antes, no te estés dormido; apareja la cena, que sospecho que aún fuego Galafrón no habrá encendido.	1880
SAL.	Yo lo haré, que al ható iré derecho, si no me lleva a despeñar consigo d'algún barranco Albanio, a mi despecho. Adiós, hermano.	
NEM.	Adiós, Salicio amigo.	

- III -

Personas: TIRRENO, ALZINO

Aquella voluntad honesta y pura, ilustre y hermosísima María, que en mí de celebrar tu hermosura, tu ingenio y tu valor estar solía, a despecho y pesar de la ventura que por otro camino me desvía, está y estará tanto en mí clavada cuanto del cuerpo el alma acompañada. Y aun no se me figura que me toca aqueste oficio solamente en vida; mas con la lengua muerta y fría en la boca pienso mover la voz a ti debida. Libre mi alma de su estrecha roca, por el Estigio lago conducida, celebrandote irá, y aquel sonido hará parar las aguas del olvido. Mas la fortuna, de mi mal no harta, me aflige y de un trabajo en otro lleva; ya de la patria, ya del bien me aparta, ya mi paciencia en mil maneras prueba, y lo que siento más es que la carta donde mi pluma en tu alabanza mueva, poniendo en su lugar cuidados vanos, me quita y me arrebatá de las manos. Pero por más que en mí su fuerza pruebe, no tornará mi corazón mudable; nunca dirán jamás que me remueve fortuna de un estudio tan loable. Apolo y las hermanas todas nueve, me darán ocio y lengua con que hable lo menos de lo que en tu ser cupiere, que esto será lo más que yo pudiere. En tanto, no te ofenda ni te harte tratar del campo y soledad que amaste, ni desdeñes aquesta inculta parte de mi estilo, que en algo ya estimaste. Entre las armas del sangriento Marte, do apenas hay quien su furor contraste, hurté de tiempo aquesta breve suma, tomando ora la espada, ora la pluma Aplica, pues, un rato los sentidos al bajo son de mi zampoña ruda, indigna de llegar a tus oídos, pues d'ornamento y gracia va desnuda; mas a las veces son mejor oídos el puro ingenio y lengua casi muda, testigos limpios de ánimo inocente, que la curiosidad del elocuente. Por aquesta razón de ti escuchado, aunque me falten otras, ser merezco; lo que puedo te doy, y lo que he dado, con recebillo tú, yo me enriquezco. De cuatro ninfas que del Tajo amado salieron juntas, a cantar me ofrezco: Filódoce, Dinámene y Climene, Nise, que en hermosura par no tiene. Cerca del Tajo, en soledad amena, de verdes sauces hay una espesura toda de hiedra revestida y llena, que por el tronco va hasta el altura y así la teje arriba y encadena que el sol no halla paso a la verdura;	5 10 15 20 25 30 35 40 45 50 55 60
--	---

el agua baña el prado con sonido,
 alegrando la hierba y el oído.
 Con tanta mansedumbre el cristalino 65
 Tajo en aquella parte caminaba,
 que pudieran los ojos el camino
 determinar apenas que llevaba.
 Peinando sus cabellos de oro fino,
 una ninfa del agua do moraba 70
 la cabeza sacó y el prado ameno
 vido de flores y de sombras lleno.
 Movióla el sitio umbroso, el manso viento,
 el suave olor de aquel florido suelo;
 las aves en el fresco apartamiento 75
 vio descansar del trabajoso vuelo.
 Secaba entonces el terreno aliento
 el sol, subido en la mitad del cielo;
 en el silencio solo se escuchaba
 un susurro de abejas que sonaba. 80
 Habiendo contemplado una gran pieza
 atentamente aquel lugar sombrío,
 somorgujó de nuevo su cabeza
 y al fondo se dejó calar del río;
 a sus hermanas a contar empieza 85
 del verde sitio el agradable frío,
 y que vayan, les ruega y amonesta,
 allí con su labor a estar la siesta.
 No perdió en esto mucho tiempo el ruego,
 que las tres de ellas su labor tomaron, 90
 y en mirando defuera vieron luego
 el prado, hacia el cual enderezaron;
 el agua clara con lascivo juego
 nadando dividieron y cortaron
 hasta que el blanco pie tocó mojado, 95
 saliendo del arena, el verde prado.
 Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,
 escurriendo del agua sus cabellos,
 los cuales esparciendo, cubijadas
 las hermosas espaldas fueron dellos, 100
 luego sacando telas delicadas
 que en delgadeza competían con ellos,
 en lo más escondido se metieron
 y a su labor atentas se pusieron.
 Las telas eran hechas y tejidas 105
 del oro que el felice Tajo envía,
 apurado después de bien cernidas
 las menudas arenas do se cría;
 y de las verdes ovas, reducidas
 en estambre sutil, cual convenía 110
 para seguir el delicado estilo
 del oro, ya tirado en rico hilo.
 La delicada estambre era distinta
 de las colores que antes le habían dado
 con la fineza de la varia tinta 115
 que se halla en las conchas del pescado;
 tanto artificio muestra en lo que pinta
 y teje cada ninfa en su labrado,
 cuanto mostraron en sus tablas antes
 el celebrado Apeles y Timantes. 120
 Filódoce, que así de aquéllas era
 llamada la mayor, con diestra mano
 tenía figurada la ribera
 de Estrimón, de una parte el verde llano
 y de otra el monte de aspereza fiera, 125
 pisado tarde o nunca de pie humano,
 donde el amor movió con tanta gracia
 la dolorosa lengua del de Tracia.
 Estaba figurada la hermosa

Eurídice, en el blanco pie mordida 130
 de la pequeña sierpe ponzoñosa,
 entre la hierba y flores escondida;
 descolorida estaba como rosa
 que ha sido fuera de sazón cogida,
 y el ánimo, los ojos ya volviendo, 135
 de la hermosa carne despidiendo.
 Figurado se vía estensamente
 el osado marido que bajaba
 al triste reino de la oscura gente,
 y la mujer perdida recobraba; 140
 y cómo, después desto, él impaciente
 por mirarla de nuevo, la tornaba
 a perder otra vez, y del tirano
 se queja al monte solitario en vano. 145
 Dinámene no menos artificio
 mostraba en la labor que había tejido,
 pintando a Apolo en el robusto oficio
 de la silvestre caza embebecido.
 Mudar presto le hace el ejercicio 150
 la vengativa mano de Cupido,
 que hizo a Apolo consumirse en lloro
 después que le enclavó con punta de oro.
 Dafne, con el cabello suelto al viento,
 sin perdonar al blanco pie corría 155
 por áspero camino tan sin tiento,
 que Apolo en la pintura parecía
 que, porque ella templase el movimiento,
 con menos ligereza la seguía;
 él va siguiendo, y ella huye como 160
 quien siente al pecho el odioso plomo.
 Mas a la fin los brazos le crecían
 y en sendos ramos vueltos se mostraban,
 y los cabellos, que vencer solían
 al oro fino, en hojas se tornaban; 165
 en torcidas raíces se extendían
 los blancos pies y en tierra se hincaban.
 Lloro el amante y busca el ser primero,
 besando y abrazando aquel madero.
 Climene, llena de destreza y maña, 170
 el oro y las colores matizando,
 iba de hayas una gran montaña,
 de robles y de peñas variando.
 Un puerco entre ellas, de braveza estraña,
 estaba los colmillos aguzando 175
 contra un mozo no menos animoso,
 con su venablo en mano, que hermoso.
 Tras esto, el puerco allí se vía herido
 de aquel mancebo, por su mal valiente,
 y el mozo en tierra estaba ya tendido, 180
 abierto el pecho del rabioso diente;
 con el cabello de oro desparcido
 barriendo el suelo miserablemente,
 las rosas blancas por allí sembradas
 tornaba con su sangre coloradas. 185
 Adonis éste se mostraba que era,
 según se muestra Venus dolorida,
 que viendo la herida abierta y fiera,
 sobre él estaba casi amortecida;
 boca con boca coge la postrera 190
 parte del aire que solía dar vida
 al cuerpo por quien ella en este suelo
 aborrecido tuvo al alto cielo.
 La blanca Nise no tomó a destajo
 de los pasados casos la memoria, 195
 y en la labor de su sutil trabajo
 no quiso entretejer antigua historia;

antes, mostrando de su claro Tajo
en su labor la celebrada gloria,
la figuró en la parte donde él baña
la más felice tierra de la España. 200
Pintado el caudaloso río se vía,
que en áspera estrechez reducido,
un monte casi al rededor tenía,
con ímpetu corriendo y con rüido;
querer cercarlo todo parecía 205
en su volver, mas era afán perdido;
dejábase correr en fin derecho,
contento de lo mucho que había hecho.
Estaba puesta en la sublime cumbre
del monte, y desde allí por él sembrada, 210
aquella ilustre y clara pesadumbre
de antiguos edificios adornada.
De allí con agradable mensesdumbre
el Tajo va siguiendo su jornada
y regando los campos y arboledas 215
con artificio de las altas ruedas.
En la hermosa tela se veían,
entrettejidas, las silvestres diosas
salir de la espesura, y que venían
todas a la ribera presurosas, 220
en el semblante tristes, y traían
cestillos blancos de purpúreas rosas,
las cuales esparciendo derramaban
sobre una ninfa muerta que lloraban.
Todas, con el cabello desparcido, 225
lloraban una ninfa delicada,
cuya vida mostraba que había sido
antes de tiempo y casi en flor cortada;
cerca del agua, en un lugar florido,
estaba entre las hierbas degollada, 230
cual queda el blanco cisne cuando pierde
la dulce vida entre la hierba verde.
Una de aquellas diosas que en belleza
al parecer a todas excedía,
mostrando en el semblante la tristeza 235
que del funesto y triste caso había,
apartada algún tanto, en la corteza
de un álamo unas letras escribía
como epitafio de la ninfa bella,
que hablaban así por parte della: 240
Elisa soy, en cuyo nombre suena
y se lamenta el monte cavernoso,
testigo del dolor y grave pena
en que por mí se aflige Nemoroso,
y llama Elisa; Elisa a boca llena 245
responde el Tajo, y lleva presuroso
al mar de Lusitania el nombre mío,
donde será escuchado, yo lo fío.
En fin, en esta tela artificiosa
toda la historia estaba figurada 250
que en aquella ribera deleitosa
de Nemoroso fue tan celebrada;
porque de todo aquesto y cada cosa
estaba Nise ya tan informada
que, llorando el pastor, mil veces ella 255
se enterneció escuchando su querella.
Y porque aqueste lamentable cuento
no sólo entre las selvas se contase,
mas, dentro de las ondas, sentimiento
con la noticia desto se mostrase, 260
quiso que de su tela el argumento
la bella ninfa muerta señalase,
y así se publicase de uno en uno

	por el húmido reino de Neptuno.	
	Destas historias tales variadas	265
	eran las telas de las cuatro hermanas,	
	las cuales, con colores matizadas,	
	claras las luces de las sombras vanas,	
	mostraban a los ojos relevadas	
	las cosas y figuras que eran llanas,	270
	tanto que al parecer el cuerpo vano	
	puñera ser tomado con la mano.	
	Los rayos ya del sol se trastornaban,	
	escondiendo su luz, al mundo cara,	
	tras altos montes, y a la luna daban	275
	lugar para mostrar su blanca cara;	
	los peces a menudo ya saltaban,	
	con la cola azotando el agua clara,	
	cuando las ninfas, la labor dejando,	
	hacia el agua se fueron paseando.	280
	En las templadas ondas ya metidos	
	tenían los pies, y reclinar querían	
	los blancos cuerpos cuando sus oídos	
	fueron de dos zampoñas que tañían	
	süave y dulcemente, detenidos;	285
	tanto, que sin mudarse las oían	
	y al son de las zampoñas escuchaban	
	dos pastores a veces que cantaban.	
	Más claro cada vez el son se oía	
	de dos pastores que venían cantando	290
	tras el ganado, que también venía	
	por aquel verde soto caminando	
	y a la majada, ya pasado el día,	
	recogido llevaban, alegrando	
	las verdes selvas con el son süave,	295
	haciendo su trabajo menos grave.	
	Tirreno destes dos el uno era,	
	Alcino el otro, entrambos estimados	
	y sobre cuantos pacen la ribera	
	del Tajo con sus vacas enseñados;	300
	mancebos de una edad, de una manera	
	a cantar juntamente aparejados	
	y a responder, aquesto van diciendo,	
	cantando el uno, el otro respondiando.	
TIR.	Flérida, para mí dulce y sabrosa	305
	más que la fruta del cercado ajeno,	
	más blanca que la leche y más hermosa	
	que el prado por abril de flores lleno;	
	si tú respondes pura y amorosa	
	al verdadero amor de tu Tirreno,	310
	a mi majada arribarás primero	
	que el cielo nos amuestre su lucero.	
ALC.	Hermosa Filis, siempre yo te sea	
	amargo al gusto más que la retama,	
	y de ti despojado yo me vea,	315
	cual queda el tronco de su verde rama,	
	si más que yo el murciégalo desea	
	la escuridad, ni más la luz desama,	
	por ver ya el fin de un término tamaño	
	deste día, para mí mayor que un año.	320
TIR.	Cual suele, acompañada de su bando,	
	aparecer la dulce primavera,	
	cuando Favonio y Céfiro, soplando,	
	al campo tornan su beldad primera	
	y van artificiosos esmaltando	325
	de rojo, azul y blanco la ribera,	
	en tal manera a mí, Flérida mía,	
	viniendo, reverdece mi alegría.	
ALC.	¿Ves el furor del animoso viento	
	embravecido en la fragosa sierra	330

	que los antiguos robles ciento a ciento y los pinos altísimos atierra, y de tanto destrozo aún no contento, al espantoso mar mueve la guerra? Pequeña es esta furia comparada	335
TIR.	a la de Filis con Alcino airada. El blanco trigo multiplica y crece, produce el campo en abundancia tierno pasto al ganado, el verde monte ofrece	
	a las fieras salvajes su gobierno; a doquiera que miro, me parece	340
	que derrama la copia todo el cuerno; mas todo se convertirá en abrojos si dello aparta Flérida sus ojos.	
ALC.	De la esterilidad es oprimido	345
	el monte, el campo, el soto y el ganado; la malicia del aire corrompido hace morir la hierba mal su grado, las aves ven su descubierto nido	
	que ya de verdes hojas fue cercado; pero si Filis por aquí tornare, hará reverdecer cuanto mirare.	350
TIR.	El álamo de Alcides escogido fue siempre, y el laurel del rojo Apolo;	
	de la hermosa Venus fue tenido	355
	en precio y en estima el mirto solo; el verde sauz de Flérida es querido y por suyo entre todos escogiólo;	
	doquiera que de hoy más sauces se hallen, el álamo, el laurel y el mirto callen.	360
ALC.	El fresno por la selva en hermosura sabemos ya que sobre todos vaya;	
	y en aspereza y monte de espesura se aventaja la verde y alta haya;	
	mas el que la beldad de tu figura dondequiera mirado, Filis, haya,	365
	al fresno y a la haya en su aspereza confesará que vence tu belleza. Esto cantó Tirreno, y esto Alcino	
	le respondió, y habiendo ya acabado el dulce son, siguieron su camino	370
	con paso un poco más apresurado; siendo a las ninfas ya el rumor vecino, juntas se arrojan por el vado, y de la blanca espuma que movieron	
	las cristalinas ondas se cubrieron.	375

Elegías

- I -

Al duque De Alba en la muerte de Don Bernaldino de Toledo

Aunque este grave caso haya tocado
con tanto sentimiento el alma mía,
que de consuelo estoy necesitado,
con que de su dolor mi fantasía

se descargase un poco y se acabase de mi continuo llanto la porfía, quise, pero, probar si me bastase el ingenio a escribirte algún consuelo, estando cual estoy, que aprovechase para que tu reciente desconsuelo	5 10
la furia mitigase, si las musas pueden un corazón alzar del suelo y poner fin a las querellas que usas, con que de Pindo ya las moradoras se muestran lastimadas y confusas;	15
que según he sabido, ni a las horas que el sol se muestra ni en el mar se asconde, de tu lloroso estado no mejoras; antes, en él permaneciendo donde quiera que estés, tus ojos siempre bañas, y el llanto a tu dolor así responde,	20
que temo ver deshechas tus entrañas en lágrimas, como al lluvioso viento se derrite la nieve en las montañas. Si acaso el trabajado pensamiento	25
en el común reposo se adormece, por tornar al dolor con nuevo aliento, en aquel breve sueño te aparece la imagen amarilla del hermano que de la dulce vida desfallece;	30
y tú tendiendo la piadosa mano, probando a levantar el cuerpo amado, levantas solamente el aire vano, y del dolor el sueño desterrado, con ansia vas buscando el que partido	35
era ya con el sueño y alongado. Así desfalleciendo en tu sentido, como fuera de ti, por la ribera de Trápana con llanto y con gemido el caro hermano buscas, que solo era	40
la mitad de tu alma, el cual muriendo, quedará ya tu alma entera. Y no de otra manera repitiendo vas el amado nombre, en desusada figura a todas partes revolviendo,	45
que cerca del Eridano aquejada lloró y llamó Lampecía el nombre en vano, con la fraterna muerte lastimada: ¡Ondas, tornadme ya mi dulce hermano Faetón; si no, aquí veréis mi muerte,	50
regando con mis ojos este llano! ¡Oh cuántas veces, con el dolor fuerte avivadas las fuerzas, renovaba las quejas de su cruda y dura suerte!	55
¡Y cuántas otras, cuando se acababa aquel furor, en la ribera umbrosa, muerta, cansada, el cuerpo reclinaba! Bien te confieso que si alguna cosa entre la humana puede y mortal gente	60
entristecer un alma generosa, con gran razón podrá ser la presente, pues te ha privado de un tan dulce amigo, no solamente hermano, un accidente; el cual no sólo siempre fue testigo	65
de tus consejos y íntimos secretos, mas de cuanto lo fuiste tú contigo. En él se reclinaban tus discretos y honestos pareceres, y hacían conformes al asiento sus efetos;	70
en él ya se mostraban y leían tus gracias y virtudes, una a una,	

y con hermosa luz resplandecían,
como en luciente de cristal coluna
que no encubre, de cuanto se avecina
a su viva pureza, cosa alguna. 75

¡Oh miserables hados! ¡Oh mezquina
suerte, la del estado humano, y dura,
do por tantos trabajos se camina!
Y agora muy mayor la desventura
de aquesta nuestra edad, cuyo progreso 80
muda de un mal en otro su figura.
¿A quién ya de nosotros el exceso
de guerras, de peligros y destierro
no toca y no ha cansado el gran proceso?
¿Quién no vio desparcir su sangre al hierro 85
del enemigo? ¿Quién no vio su vida
perder mil veces y escapar por yerro?
¿De cuántos queda y quedará perdida
la casa y la mujer y la memoria,
y de otros la hacienda despendida? 90
¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios o agradecimiento?
Sabrálo quien leyere nuestra historia.
Veráse allí que como polvo al viento,
así se deshará nuestra fatiga 95
ante quien se endereza nuestro intento.
No contenta con esto, la enemiga
del humano linaje, que envidiosa
coge sin tiempo el grano de la espiga,
nos ha querido ser tan rigurosa, 100
que ni a tu juventud, don Bernaldino,
ni ha sido a nuestra pérdida piadosa.
¿Quién pudiera de tal ser adivino?
¿A quién no le engañara la esperanza,
viéndote caminar por tal camino? 105
¿Quién no se prometiera en abastanza
seguridad entera de tus años,
sin temer de natura tal mudanza?
Nunca los tuyos, mas los propios daños
dolernos deben, que la muerte amarga 110
nos muestra claros ya mil desengaños:
hanos mostrado ya que en vida larga,
apenas de tormentos y de enojos
llevar podemos la pesada carga;
hanos mostrado en ti que claros ojos 115
y juventud y gracia y hermosura,
son también, cuando quiere, sus despojos.
Mas no puede hacer que tu figura,
después de ser de vida ya privada,
no muestre el artificio de natura. 120
Bien es verdad que no está acompañada
de la color de rosa que solía
con la blanca azucena ser mezclada;
porque el calor templado que encendía
la blanca nieve de tu rostro puro, 125
robado ya la muerte te lo había.
En todo lo demás, como en seguro
y reposado sueño descansabas,
indicio dando del vivir futuro.
Mas ¿qué hará la madre que tú amabas, 130
de quien perdidamente eras amado,
a quien la vida con la tuya dabas?
Aquí se me figura que ha llegado
de su lamento el son, que con su fuerza
rompe el aire vecino y apartado, 135
tras el cual a venir también se esfuerza
el de las cuatro hermanas, que teniendo
va con el de la madre a viva fuerza.

A todas las contemplo desparciendo de su cabello luengo el fino oro, al cual ultraje y daño están haciendo. El viejo Tormes, con el blanco coro de sus hermosas ninfas seca el río, y humedece la tierra con su lloro.	140
No recostado en urna al dulce frío de su caverna umbrosa, mas tendido por el arena en el ardiente estío, con ronco son de llanto y de gemido, los cabellos y barbas mal paradas se despedaza y el sutil vestido.	145
En torno dél sus ninfas desmayadas llorando en tierra están, sin ornamento, con las cabezas de oro despeinadas. Cese ya del dolor el sentimiento, hermosas moradoras del undoso Tormes; tened más provechoso intento:	150
consolad a la madre, que el piadoso dolor la tiene puesta en tal estado que es menester socorro presuroso. Presto será que el cuerpo, sepultado	155
en un perpetuo mármol, de las ondas podrá de vuestro Tormes ser bañado; y tú, hermoso coro, allá en las hondas aguas metido, podrá ser que al llanto de mi dolor te muevas y respondas.	160
Vos, altos promontorios, entretanto, con toda la Trinacria entristecida, buscad alivio en desconsuelo tanto. Sátiros, faunos, ninfas, cuya vida sin enojo se pasa, moradores	165
de la parte repuesta y escondida, con luenga experiencia sabidores, buscad para consuelo de Fernando hierbas de propiedad oculta y flores; así en el escondido bosque, cuando ardiendo en vivo y agradable fuego	170
las fugitivas ninfas vais buscando, ellas se inclinen al piadoso ruego y en recíproco lazo estén ligadas, sin esquivar el amoroso juego.	175
Tú, gran Fernando, que entre tus pasadas y tus presentes obras resplandeces, y a mayor fama están por ti obligadas, contempla dónde estás, que si falleces al nombre que has ganado entre la gente, de tu virtud en algo te enflaqueces;	180
porque al fuerte varón no se consiente no resistir los casos de Fortuna con firme rostro y corazón valiente; y no tan solamente esta importuna, con proceso crüel y riguroso,	185
con revolver de sol, de cielo y luna mover no debe un pecho generoso ni entristecello con funesto vuelo, turbando con molestia su reposo;	190
mas si toda la máquina del cielo con espantable son y con rüido, hecha pedazos, se viniere al suelo, debe ser aterrado y oprimido del grave peso y de la gran rüina primero que espantado y conmovido.	195
Por estas asperezas se camina de la inmortalidad al alto asiento, do nunca arriba quien de aquí declina. Y en fin, señor, tornando al movimiento	200
	205

de la humana natura, bien permito
a nuestra flaca parte un sentimiento;
mas el exceso en esto vedo y quito,
si alguna cosa puedo, que parece
que quiere proceder en infinito. 210
A lo menos el tiempo, que descrece
y muda de las cosas el estado,
debe bastar, si la razón fallece.
No fue el troyano príncipe llorado
siempre del viejo padre dolorido, 215
ni siempre de la madre lamentado;
antes, después del cuerpo redimido
con lágrimas humildes y con oro,
que fue del fiero Aquiles concedido,
y reprimido el lamentable coro 220
del frigio llanto, dieron fin al vano
y sin provecho sentimiento y lloro.
El tierno pecho, en esta parte humano,
de Venus, ¿qué sintió, su Adonis viendo
de su sangre regar el verde llano? 225
Mas desque vido bien que corrompiendo
con lágrimas sus ojos, no hacía
sino en su llanto estarse deshaciendo,
y que tornar llorando no podía
su caro y dulce amigo de la oscura 230
y tenebrosa noche al claro día,
los ojos enjugó y la frente pura
mostró con algo más contentamiento,
dejando con el muerto la tristura. 235
Y luego con gracioso movimiento
se fue su paso por el verde suelo,
con su guirlanda usada y su ornamento;
desordenaba con lascivo vuelo
el viento sus cabellos; con su vista 240
se alegraba la tierra, el mar y el cielo.
Con discurso y razón, que es tan prevista,
con fortaleza y ser, que en ti contemplo,
a la flaca tristeza se resista.
Tu ardiente gana de subir al templo
donde la muerte pierde su derecho 245
te baste, sin mostrarte yo otro ejemplo;
allí verás cuán poco mal ha hecho
la muerte en la memoria y clara fama
de los famosos hombres que ha deshecho.
Vuelve los ojos donde al fin te llama 250
la suprema esperanza, do perfeta
sube y purgada el alma en pura llama.
¿Piensas que es otro el fuego que en Oeta
de Alcides consumió la mortal parte
cuando voló el espíritu a la alta meta? 255
Desta manera aquél, por quien reparte
tu corazón suspiros mil al día
y resuena tu llanto en cada parte,
subió por la difícil y alta vía,
de la carne mortal purgado y puro, 260
en la dulce región del alegría;
do con discurso libre ya y seguro
mira la vanidad de los mortales,
ciegos, errados en el aire oscuro;
y viendo y contemplando nuestros males, 265
alégrase de haber alzado el vuelo
y gozar de las horas inmortales.
Pisa el inmenso y cristalino cielo,
teniendo puestos de una y de otra mano
el claro padre y el sublime agüelo. 270
El uno ve de su proceso humano
sus virtudes estar allí presentes,

que el áspero camino hacen llano; el otro, que acá hizo entre las gentes en la vida mortal menor tardanza, sus llagas muestra allá resplandecientes.	275
Dellas aqueste premio allá se alcanza, porque del enemigo no conviene procurar en el cielo otra venganza. Mira la tierra, el mar que la contiene,	280
todo lo cual por un pequeño punto a respeto del cielo juzga y tiene; puesta la vista en aquel gran trasunto y espejo do se muestra lo pasado con lo futuro y lo presente junto,	285
el tiempo que a tu vida limitado de allá arriba te está, Fernando, mira, y allí ve tu lugar ya deputado. ¡Oh bienaventurado, que sin ira, sin odio, en paz estás, sin amor ciego,	290
con quien acá se muere y se suspira, y en eterna holganza y en sosiego vives y vivirás cuanto encendiere las almas del divino amor el fuego!	295
Si el cielo piadoso y largo diere lengua vida a la voz deste mi llanto, lo cual tú sabes que pretende y quiere, yo te prometo, amigo, que entretanto que el sol al mundo alumbre y que la oscura	300
noche cubra la tierra con su manto, y en tanto que los peces la hondura húmeda habitarán del mar profundo y las fieras del monte la espesura, se cantará de ti por todo el mundo, que en cuanto se discurre, nunca visto de tus años jamás otro segundo será, desde el Antártico a Calisto.	305

- II - A Boscán

Aquí, Boscán, donde del buen troyano
Anquises con eterno nombre y vida
conserva la ceniza el Mantúano,
debajo de la seña esclarecida
de César africano nos hallamos, 5
la vencedora gente recogida:
diversos en estudio, que unos vamos
muriendo por coger de la fatiga
el fruto que con el sudor sembramos;
otros, que hacen la virtud amiga 10
y premio de sus obras, y así quieren
que la gente lo piense y que lo diga,
destotros en lo público difieren,
y en lo secreto sabe Dios en cuánto
se contradicen en lo que profieren. 15
Yo voy por medio, porque nunca tanto
quise obligarme a procurar hacienda,
que un poco más que aquéllos me levanto;
ni voy tampoco por la estrecha senda
de los que cierto sé que a la otra vía 20
vuelven de noche, al caminar, la rienda.
Mas ¿dónde me llevó la pluma mía?,
que a sátira me voy mi paso a paso,
y aquesta que os escribo es elegía.
Yo enderezo, señor, en fin, mi paso 25
por donde vos sabéis que su proceso
siempre ha llevado y lleva Garcilaso;
y así, en mitad de aqueste monte espeso,
de las diversidades me sostengo,
no sin dificultad, mas no por eso 30
dejo las musas, antes torno y vengo
dellas al negociar, y variando,
con ellas dulcemente me entretengo.
Así se van las horas engañando;
así del duro afán y grave pena 35
estamos algún hora descansando.
De aquí iremos a ver de la Serena
la patria, que bien muestra haber ya sido
de ocio y de amor antiguamente llena.
Allí mi corazón tuvo su nido 40
un tiempo ya, mas no sé, triste, agora
o si estará ocupado o desparcido.
De aquesto un frío temor así a deshora
por mis huesos discurre en tal manera,
que no puedo vivir con él una hora. 45
Si, triste, de mi bien yo estado hubiera
un breve tiempo ausente, yo no niego
que con mayor seguridad viviera.
La breve ausencia hace el mismo juego
en la fragua de amor que en fragua ardiente 50
el agua moderada hace al fuego,
la cual verás que no tan solamente
no le suele matar, mas lo refuerza
con ardor más intenso y eminente;
porque un contrario, con la poca fuerza 55
de su contrario, por vencer la lucha,
su brazo aviva y su valor esfuerza;
pero si el agua en abundancia mucha
sobre el fuego se esparce y se derrama,
el humo sube al cielo, el son se escucha, 60
y, el claro resplandor de viva llama
en polvo y en ceniza convertido,

apenas queda de él sino la fama.
 Así el ausencia larga, que ha esparcido
 en abundancia su licor, que amata 65
 el fuego que el amor tenía encendido,
 de tal suerte lo deja que lo trata
 la mano sin peligro en el momento
 que en apariencia y son se desbarata.
 Yo solo fuera voy de aqueste cuento, 70
 porque el amor me aflige y me atormenta
 y en el ausencia crece el mal que siento;
 y pienso yo que la razón consienta
 y permita la causa deste efeto,
 que a mí solo entre todos se presenta; 75
 porque como del cielo yo sujeto
 estaba eternamente y diputado
 al amoroso fuego en que me meto,
 así, para poder ser amatado,
 el ausencia sin término, infinita 80
 debe ser, y sin tiempo limitado;
 lo cual no habrá razón que lo permita,
 porque por más y más que ausencia dure,
 con la vida se acaba, que es finita.
 Mas a mí ¿quien habrá que me asegure 85
 que mi mala fortuna con mudanza
 y olvido contra mí no se conjure?
 Este temor persigue la esperanza
 y oprime y enflaquece el gran deseo
 con que mis ojos van de su holganza; 90
 con ellos solamente agora veo
 este dolor que el corazón me parte,
 y con él y conmigo aquí peleo.
 ¡Oh crudo, oh riguroso, oh fiero Marte,
 de túnica cubierto de diamante 95
 y endurecido siempre en toda parte!
 ¿Qué tiene que hacer el tierno amante
 con tu dureza y áspero ejercicio,
 llevado siempre del furor delante?
 Ejercitando por mi mal tu oficio, 100
 soy reducido a términos que muerte
 será mi postrimero beneficio;
 y ésta no permitió mi dura suerte
 que me sobreviniese peleando,
 de hierro traspasado agudo y fuerte, 105
 porque me consumiese contemplando
 mi amado y dulce fruto en mano ajena,
 y el duro posesor de mí burlando.
 Mas ¿dónde me trasporta y enajena 110
 de mi propio sentido el triste miedo?
 A parte de vergüenza y dolor llena,
 donde si el mal yo viese, ya no puedo,
 según con esperalle estoy perdido,
 acrecentar en la miseria un dedo.
 Así lo pienso agora, y si él venido 115
 fuese en su misma forma y su figura,
 tendría el presente por mejor partido,
 y agradecería siempre a la ventura
 mostrarme de mi mal sólo el retrato
 que pintan mi temor y mi tristura. 120
 Yo sé qué cosa es esperar un rato
 el bien del propio engaño, y solamente
 tener con él inteligencia y trato.
 Como acontece al mísero doliente
 que, del un cabo, el cierto amigo y sano 125
 le muestra el grave mal de su accidente,
 y le amonesta que del cuerpo humano
 comience a levantar a mejor parte
 el alma suelta con volar liviano;

mas la tierna mujer, de la otra parte, 130
 no se puede entregar al desengaño
 y encúbrele del mal la mayor parte;
 él, abrazado con su dulce engaño,
 vuelve los ojos a la voz piadosa 135
 y alégrase muriendo con su daño,
 así los quito yo de toda cosa
 y póngolos en solo el pensamiento
 de la esperanza cierta o mentirosa.
 En este dulce error muero contento 140
 porque ver claro y conocer mi estado
 no puede ya curar el mal que siento,
 y acabo como aquel que en un templado
 baño metido, sin sentillo muere,
 las venas dulcemente desatado.
 Tú, que en la patria, entre quien bien te quiere, 145
 la deleitosa playa estás mirando
 y oyendo el son del mar que en ella hiere,
 y sin impedimento contemplando
 la misma a quien tú vas eterna fama,
 en tus vivos escritos procurando; 150
 alégrate, que más hermosa llama
 que aquella que el troyano encendimiento
 pudo causar el corazón te inflama.
 No tienes que temer el movimiento 155
 de la fortuna con soplar contrario,
 que el puro resplandor serena el viento.
 Yo, como conducido mercenario,
 voy do fortuna a mi pesar me envía,
 si no a morir, que aquesto es voluntario. 160
 Sólo sostiene la esperanza mía
 un tan débil engaño, que de nuevo
 es menester hacelle cada día;
 y si no le fabrico y le renuevo,
 da consigo en el suelo mi esperanza, 165
 tanto, que en vano a levantalla pruebo.
 Aqueste premio mi servir alcanza,
 que en sola la miseria de mi vida
 negó fortuna su común mudanza.
 ¿Dónde podré huir que sacudida 170
 un rato sea de mí la grave carga
 que oprime mi cerviz enflaquecida?
 Mas ¡jay!, que la distancia no descarga
 el triste corazón, y el mal, doquiera
 que estoy, para alcanzarme el brazo alarga. 175
 Si donde el sol ardiente reverbera
 en la arenosa Libia, engendradora
 de toda cosa ponzoñosa y fiera;
 adonde él es vencido a cualquier hora
 de la rígida nieve y viento frío, 180
 parte do no se vive ni se mora;
 si en ésta o en aquélla el desvarío
 o la fortuna me llevase un día
 y allí gastase todo el tiempo mío,
 el celoso temor con mano fría 185
 en medio del calor y ardiente arena
 el triste corazón me apretaría;
 y en el rigor del hielo, en la serena
 noche, soplando el viento agudo y puro,
 que el veloce correr del agua enfrena,
 de aqueste vivo fuego, en que me apuro 190
 y consumirme poco a poco espero,
 sé que aun allí no podré estar seguro,
 y así diverso entre contrarios muero.

Epístola

Epístola a Boscán

Señor Boscán, quien tanto gusto tiene
de daros cuenta de los pensamientos,
hasta las cosas que no tienen nombre,
no le podrá faltar con vos materia,
ni será menester buscar estilo 5
presto, distinto de ornamento puro,
tal cual a culta epístola conviene.
Entre muy grandes bienes que consigo
el amistad perfecta nos concede,
es aqueste descuido suelto y puro, 10
lejos de la curiosa pesadumbre;
y así, de aquesta libertad gozando,
digo que vine, cuanto a lo primero,
tan sano como aquel que en doce días
lo que sólo veréis ha caminado 15
cuando el fin de la carta os lo mostrare.
Alargo y suelto a su placer la rienda,
mucho más que al caballo, al pensamiento,
y llévame a las veces por camino
tan dulce y agradable que me hace 20
olvidar el trabajo del pasado.
Otras me lleva por tan duros pasos,
que con la fuerza del afán presente
también de los pasados se me olvida.
A veces sigo un agradable medio 25
honesto y reposado, en que el discurso
del gusto y del ingenio se ejercita.
Iba pensando y discurriendo un día
a cuántos bienes alargó la mano
el que del amistad mostró el camino; 30
y luego vos, del amistad ejemplo,
os me ofrecéis en estos pensamientos.
Y con vos a lo menos me acontece
una gran cosa, al parecer extraña,
y porque lo sepáis en pocos versos, 35
es que, considerando los provechos,
las honras y los gustos que me vienen
desta vuestra amistad, que en tanto tengo,
ninguna cosa en mayor precio estimo
ni me hace gozar del dulce estado 40
tanto como el amor de parte mía.
Éste conmigo tiene tanta fuerza
que, sabiendo muy bien las otras partes
del amistad, de la estrechez nuestra
con solo aquéste el alma se entenece; 45
y sé que otramente me aprovecha,
que el deleite, que suele ser pospuesto
a las útiles cosas y a las graves.
Llévame a escudriñar la causa desto
ver contino tan recio en mí el efeto, 50
y hallo que el provecho, el ornamento,
el gusto y el placer que se me sigue
del vínculo de amor que nuestro genio
enredó sobre nuestros corazones,
son cosas que de mí no salen fuera, 55
y en mí el provecho solo se convierte.
Mas el amor, de donde por ventura

nacen todas las cosas, si hay algunas
que a vuestra utilidad y gusto miren,
es gran razón que ya en mayor estima
tenido sea de mí que todo el resto, 60
cuanto más generosa y alta parte
es el hacer el bien que el recibillo;
así que amando me deleito, y hallo
que no es locura este deleite mío. 65
¡Oh cuán corrido estoy y arrepentido
de haberos alabado el tratamiento
del camino de Francia y las posadas!
Corrido de que ya por mentiroso
con razón me tendréis; arrepentido 70
de haber perdido tiempo en alabaros
cosa tan dina ya de vituperio;
donde no hallaréis sino mentiras,
vinos acedos, camareras feas,
varletes codiciosos, malas postas, 75
gran paga, poco argén, largo camino;
llegar al fin a Nápoles, no habiendo
dejado allá enterrado algún tesoro,
salvo si no decís que es enterrado
lo que nunca se halla ni se tiene. 80
A mi señor Durall estrechamente
abrazad de mi parte, si pudierdes.
Doce del mes de octubre, de la tierra
do nació el claro fuego del Petrarca
y donde están del fuego las cenizas. 85

de lo que hice yo, que el mal me he hecho.

- II -

La soledad siguiendo,
rendido a mi fortuna,
me voy por los caminos que se ofrecen,
por ellos esparciendo
mis quejas de una en una
al viento, que las lleva do perecen;
puesto que ellas merecen
ser de vos escuchadas,
pues son tan bien vertidas,
he lástima que todas van perdidas
por donde suelen ir las remediadas;
a mí se han de tornar,
adonde para siempre habrán de estar.
Mas ¿qué haré, señora,
en tanta desventura?
¿A dónde iré si a vos no voy con ella?
¿De quién podré yo agora
valerme en mi tristura
si en vos no halla abrigo mi querella?
Vos sola sois aquella
con quien mi voluntad
recibe tal engaño
que, viéndoos holgar siempre con mi daño,
me quejo a vos como si en la verdad
vuestra condición fuerte
tuviese alguna cuenta con mi muerte.
Los árboles presento
entre las duras peñas,
por testigo de cuanto os he encubierto;
de lo que entre ellas cuento
podrán dar buenas señas,
si señas pueden dar del desconcierto.
Mas ¿quién tendrá concierto
en contar el dolor,
que es de orden enemigo?
No me den pena, pues, por lo que digo,
que ya no me refrenará el temor.
¡Quién pudiese hartarse
de no esperar remedio y de quejarse!
Mas esto me es vedado
con unas obras tales
con que nunca fue a nadie defendido,
que si otros han dejado
de publicar sus males,
llorando el mal estado a que han venido,
señora, no habrá sido
sino con mejoría
y alivio en su tormento;
mas ha venido en mí a ser lo que siento
de tal arte, que ya en mi fantasía
no cabe, y así quedo
sufriendo aquello que decir no puedo.
Si por ventura extiendo
alguna vez mis ojos
por el proceso luengo de mis daños,
con lo que me defiando
de tan grandes enojos,
solamente es allí con mis engaños;
mas vuestros desengaños
vencen mi desvarío
y apocan mis defensas,
sin yo poder dar otras recompensas

sino que, siendo vuestro más que mío,
quise perderme así
por vengarme de vos, señora, en mí.
Canción, yo he dicho más que me mandaron
y menos que pensé;
no me pregunten más, que lo diré.

- III -

Con un manso rüido
de agua corriente y clara,
cerca el Danubio una isla, que pudiera
ser lugar escogido
para que descansara 5
quien, como yo estó agora, no estuviera;
do siempre primavera
parece en la verdura
sembrada de las flores;
hacen los ruiseñores 10
renovar el placer o la tristura
con sus blandas querellas,
que nunca, día ni noche, cesan dellas.
Aquí estuve yo puesto,
o por mejor decillo, 15
preso y forzado y solo en tierra ajena;
bien pueden hacer esto
en quien puede sufrillo
y en quien él a sí mismo se condena.
Tengo sola una pena, 20
si muero desterrado
y en tanta desventura,
que piensen por ventura
que juntos tantos males me han llevado,
y sé yo bien que muero 25
por sólo aquello que morir espero.
El cuerpo está en poder
y en mano de quien puede
hacer a su placer lo que quisiere;
mas no podrá hacer 30
que mal librado quede,
mientras de mí otra prenda no tuviere.
Cuando ya el mal viniere
y la postrera suerte,
aquí me ha de hallar 35
en el mismo lugar,
que otra cosa más dura que la muerte
me halla y me ha hallado,
y esto sabe muy bien quien lo ha probado.
No es necesario agora 40
hablar más sin provecho,
que es mi necesidad muy apretada,
pues ha sido en una hora
todo aquello deshecho
en que toda mi vida fue gastada. 45
Y al fin de tal jornada
presumen espantarme.
Sepan que ya no puedo
morir sino sin miedo,
que aun nunca qué temer quiso dejarme 50
la desventura mía,
que el bien y el miedo me quitó en un día.
Danubio, río divino,
que por fieras naciones
vas con tus claras ondas discurriendo, 55
pues no hay otro camino
por donde mis razones
vayan fuera de aquí sino corriendo
por tus aguas y siendo
en ellas anegadas; 60
si en tierra tan ajena,
en la desierta arena,

fueren de alguno acaso en fin halladas,
entiérrelas siquiera
porque su error se acabe en tu ribera.

65

Aunque en el agua mueras,
canción, no has de quejarte,
que yo he mirado bien lo que te toca;
menos vida tuvieras
si hubiera de igualarte
con otras que se me han muerto en la boca.
Quién tiene culpa desto,
allá lo entenderás de mí muy presto.

70

- IV -

El aspereza de mis males quiero
que se muestre también en mis razones,
como ya en los efectos se ha mostrado.
Lloraré de mi mal las ocasiones,
sabr  el mundo la causa porque muero, 5
y morir  a lo menos confesado;
pues soy por los cabellos arrastrado
de un tan desatinado pensamiento
que por agudas pe as peligrosas,
por matas espinosas, 10
corre con ligereza más que el viento,
bañando de mi sangre la carrera.
Y para más despacio atormentarme,
llévame alguna vez por entre flores,
a do de mis tormentos y dolores 15
descanso y dellos vengo a no acordarme;
mas él a más descanso no me espera,
antes, como me ve desta manera,
con un nuevo furor y desatino
torna a seguir el áspero camino. 20
No vine por mis pies a tantos daños,
fuerzas de mi destino me trajeron
y a la que me atormenta me entregaron.
Mi razón y j icio bien creyeron
guardarme como en los pasados años 25
de otros graves peligros me guardaron;
mas cuando los pasados compararon
con los que venir vieron, no sabían
lo que hacer de sí ni do meterse,
que luego empezó a verse 30
la fuerza y el rigor con que venían.
Mas de pura vergüenza costre ida,
con tardo paso y corazón medroso
al fin ya mi razón salió al camino.
Cuanto era el enemigo más vecino, 35
tanto más el recelo temeroso
le mostraba el peligro de su vida;
pensar en el dolor de ser vencida
la sangre alguna vez le callentaba,
mas el mismo temor se la enf aba. 40
Estaba yo a mirar, y peleando
en mi defensa, mi razón estaba
cansada y en mil partes ya herida,
y sin ver yo quien dentro me incitaba,
ni saber cómo, estaba deseando 45
que all  quedase mi razón vencida.
Nunca en todo el proceso de mi vida
cosa se me cumplió que desease
tan presto como aquésta, que a la hora
se rindió la señora 50
y al siervo consintió que gobernase
y usase de la ley del vencimiento.
Entonces yo sent me salteado
de una vergüenza libre y generosa;
corr me gravemente que una cosa 55
tan sin razón hubiese así pasado.
Luego siguió el dolor al corrimiento
de ver mi reino en mano de quien cuento,
que me da vida y muerte cada día,
y es la más moderada tiranía. 60
Los ojos, cuya lumbre bien pudiera
tornar clara la noche tenebrosa

y escurecer el sol a mediodía,
me convirtieron luego en otra cosa.
En volviéndose a mí la vez primera
con la calor del rayo que salía 65
de su vista, que en mí se difundía;
y de mis ojos la abundante vena
de lágrimas, al sol que me inflamaba,
no menos ayudaba 70
a hacer mi natura en todo ajena
de lo que era primero. Corromperse
sentí el sosiego y libertad pasada,
y el mal de que muriendo estó, engendrarse,
y en tierra sus raíces ahondarse 75
tanto cuanto su cima levantada
sobre cualquier altura hace verse.
El fruto que de aquí suele cogerse
mil es amargo, alguna vez sabroso,
mas mortífero siempre y ponzoñoso. 80
De mí agora huyendo, voy buscando
a quien huye de mí como enemiga,
que al un error añado el otro yerro,
y en medio del trabajo y la fatiga
estoy cantando yo, y está sonando 85
de mis atados pies el grave hierro;
mas poco dura el canto si me encierro
acá dentro de mí, porque allí veo
un campo lleno de desconfianza.
muéstrame la esperanza 90
de lejos su vestido y su meneo,
mas ver su rostro nunca me consiente.
Torno a llorar mis daños, porque entiendo
que es un crudo linaje de tormento
para matar aquel que está sediento, 95
mostralle el agua por que está muriendo,
de la cual el cuitado juntamente
la claridad contempla, el ruido siente;
mas cuando llega ya para bebella,
gran espacio se halla lejos della. 100
De los cabellos de oro fue tejida
la red que fabricó mi sentimiento,
do mi razón, revuelta y enredada,
con gran vergüenza suya y corrimiento,
sujeta al apetito y sometida, 105
en público adulterio fue tomada,
del cielo y de la tierra contemplada.
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
pues no tengo con qué considerallo,
y en tal punto me hallo 110
que estoy sin armas en el campo puesto,
y el paso ya cerrado y la hūida.
¿Quién no se espantará de lo que digo?,
Que es cierto que he venido a tal extremo,
que del grave dolor que huyo y temo 115
me hallo algunas veces tan amigo
que en medio dél, si vuelvo a ver la vida
de libertad, la juzgo por perdida,
y maldigo las horas y momentos
gastados mal en libres pensamientos. 120
No reina siempre aquesta fantasía,
que en imaginación tan variable
no se reposa un hora el pensamiento.
Viene con un rigor tan intratable
a tiempos el dolor, que el alma mía 125
desampara, huyendo, el sufrimiento,
lo que dura la furia del tormento.
No hay parte en mí que no se me trastorne
y que en torno de mí no esté llorando,

de nuevo protestando	130
que de la vía espantosa atrás me torne.	
Esto ya por razón no va fundado,	
ni le dan parte dello a mi jüicio,	
que este discurso todo es ya perdido;	
mas es en tanto daño del sentido	135
este dolor, y en tanto perjüicio,	
que todo lo sensible atormentado,	
del bien, si alguno tuvo, ya olvidado	
está de todo punto, y sólo siente	
la furia y el rigor del mal presente.	140
En medio de la fuerza del tormento	
una sombra de bien se me presenta,	
do el fiero ardor un poco se mitiga:	
figúraseme cierto a mí que sienta	
alguna parte de lo que yo siento	145
aquella tan amada mi enemiga.	
Es tan incomportable la fatiga	
que si con algo yo no me engañase	
para poder llevalla, moriría;	
y así, me acabaría	150
sin que de mí en el mundo se hablase.	
Así que, del estado más perdido	
saco algún bien; mas luego en mí la suerte	
trueca y revuelve el orden; que alguna hora,	
si el mal acaso un poco en mí mejora,	155
aquel descanso luego se convierte	
en un temor que me ha puesto en olvido	
aquella por quien sola me he perdido;	
y así del bien que un rato satisface	
nace el dolor que el alma me deshace.	160
Canción, si quien te viere se espantare	
de la inestabilidad y ligereza	
y revuelta del vago pensamiento,	
estable, grave y firme es el tormento,	
le di, que es causa cuya fortaleza	165
es tal, que cualquier parte en que tocare	
la hará revolver hasta que pare	
en aquel fin de lo terrible y fuerte	
que todo el mundo afirma que es la muerte.	

Ode ad florem Gnidi

Si de mi baja lira tanto pudiese el son, que en un momento aplacase la ira del animoso viento	
y la furia del mar y el movimiento,	5
y en ásperas montañas con el sùave canto enterneciese las fieras alimañas, los árboles moviese,	
y al son confusamente los trajese;	10
no pienses que cantado sería de mí, hermosa flor de Gnido, el fiero Marte airado, a muerte convertido,	
de polvo y sangre y de sudor teñido;	15
ni aquellos capitanes en las sublimes ruedas colocados, por quien los alemanes, el fiero cuello atados,	
y los franceses van domesticados.	20
Mas solamente aquella fuerza de tu beldad sería cantada, y alguna vez con ella también sería notada	
el aspereza de que estás armada, y cómo por ti sola y por tu gran valor y hermosura, convertido en viõla, llora su desventura	
el miserable amante en su figura.	30
Hablo de aquel cativo de quien tener se debe más cuidado, que está muriendo vivo, al remo condenado, en la concha de Venus amarrado.	
Por ti, como solía, del áspero caballo no corrige la furia y gallardía, ni con freno la rige, ni con vivas espuelas ya lo aflige.	
Por ti con diestra mano no revuelve la espada presurosa, y en el dudoso llano huye la polvorosa palestra como sierpe ponzoñosa.	
Por ti su blanda musa, en lugar de la cítara sonante, tristes querellas usa que con llanto abundante hacen bañar el rostro del amante.	
Por ti el mayor amigo le es importuno, grave y enojoso; yo puedo ser testigo, que ya del peligroso naufragio fui su puerto y su reposo.	
Y agora en tal manera vence el dolor a la razón perdida, que ponzoñosa fiera nunca fue aborrecida tanto como yo dél, ni tan temida.	
No fuiste tú engendrada ni producida de la dura tierra;	60

no debe ser notada que ingratamente yerra quien todo el otro error de sí destierra.	65
Hágate temerosa el caso de Anaxárete, y cobarde, que de ser desdeñosa se arrepintió muy tarde, y así su alma con su mármol arde.	70
Estábase alegrando del mal ajeno el pecho empedernido cuando, abajo mirando, el cuerpo muerto vido del miserable amante allí tendido.	75
Y al cuello el lazo atado con que desenlazó de la cadena el corazón cuitado, que con su breve pena compró la eterna punición ajena.	80
Sintió allí convertirse en piedad amorosa el aspereza. ¡Oh tarde arrepentirse! ¡Oh última terneza!	85
¿Cómo te sucedió mayor dureza? Los ojos se enclavaron en el tendido cuerpo que allí vieron, los huesos se tornaron más duros y crecieron,	90
y en sí toda la carne convirtieron; las entrañas heladas tornaron poco a poco en piedra dura; por las venas cuitadas la sangre su figura	95
iba desconociendo y su natura; hasta que, finalmente, en duro mármol vuelta y transformada, hizo de sí la gente no tan maravillada	100
cuanto de aquella ingratitud vengada. No quieras tú, señora, de Némesis airada las saetas probar, por Dios, agora; baste que tus perfetas obras y hermosura a los poetas	105
den inmortal materia, sin que también en verso lamentable celebren la miseria de algún caso notable que por ti pase, triste, miserable.	110

Coplas

- I -

Canción, habiéndose casado su dama

Culpa debe ser quereros, según lo que en mí hacéis, mas allá lo pagaréis do no sabrán conoceros, por mal que me conocéis.	5
Por quereros, ser perdido pensaba, que no culpado; mas que todo lo haya sido, así me lo habéis mostrado que lo tengo bien sabido.	10
¡Quién pudiese no quereros tanto como vos sabéis, por holgarme que paguéis lo que no han de conoceros con lo que no conocéis!	15

- II -

Otra

Yo dejaré desde aquí de ofenderos más hablando, porque mi morir callado os ha de hablar por mí.	5
Gran ofensa os tengo hecha hasta aquí en haber hablado, pues en cosa os he enojado que tan poco me aprovecha. Derramaré desde aquí mis lágrimas no hablando, porque quien muere callando tiene quien hable por sí.	10

- III -

A una partida

Acaso supo, a mi ver, y por acierto quereros quien tal yerro fue a hacer, como partirse de veros donde os dejase de ver.	5
Imposible es que este tal, pensando que os conocía, supiese lo que hacía cuando su bien y su mal junto os entregó en un día. Acertó acaso a hacer lo que si por conoceros hiciera, no podía ser: partirse y, con solo veros,	10

- IV -

Traduciendo cuatro versos de Ovidio

Pues este nombre perdí,
Dido, mujer de Siqueo,
en mi muerte esto deseo
que se escriba sobre mí:
«El peor de los troyanos
dio la causa y el espada;
Dido, a tal punto llegada,
no puso más de las manos».

5

- V -

**A una señora que, andando él y otro paseando, les echó una red
empezada y un huso comenzado a hilar en él, y dijo que aquello había
trabajado todo el día**

De la red y del hilado
hemos de tomar, señora,
que echáis de vos en un hora
todo el trabajo pasado;
y si el vuestro se ha de dar
a los que se pasearen,
lo que por vos trabajaren
¿dónde lo pensáis echar?

5

- VI -

**Villancico del mismo y de Garcilaso de la Vega a Don Luis de la Cueva
porque bailó en palacio con una dama que llamaban la Pájara**

¿Qué testimonios son estos
que le queréis levantar?
Que no fue sino bailar.
¿Ésta tienen por gran culpa?
No lo fue, a mi parecer,
porque tiene por disculpa
que lo hizo la mujer.
Ésta le hizo caer
mucho más que no el saltar
que hizo con el bailar.

5

10

- VII -

A Boscán, porque estando en Alemania danzó en unas bodas

La gente se espanta toda,
que hablar a todos distes,
que un milagro que hecistes

hubo de ser en la boda.
Pienso que habéis de venir,
si vais por ese camino,
a tornar el agua en vino,
como el danzar en reír.

5

- VIII -

Villancico de Garcilaso

Nadi puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.
Porque la gloria de veros
en ese punto se quita
que se piensa mereceros.
Así que, sin conoceros,
nadi puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.

5

10

- IX -

Anécdota

La bolsa dice: yo vengo
como el arca do moré,
que es el arca de *Noé*
que quiere decir: *no tengo*.

Octava rima

Y ya que mis tormentos son forzados,
aunque vienen sin fuerza consentidos
¿pues qué mayor alivio a mis cuidados
que ser por vuestra causa padecidos?
Si como son por vos bien empleados,
de vos fuesen, señora, conocidos,
la más crecida angustia de mi pena
sería de descanso y gloria llena.

Sonetos

- I -

Cuando me paro a contemplar mi estado
y a ver los pasos por do me han traído,
hallo, según por do anduve perdido,
que a mayor mal pudiera haber llegado;
mas cuando del camino está olvidado,
a tanto mal no sé por dó he venido;
sé que me acabo, y más he yo sentido
ver acabar conmigo mi cuidado.
Yo acabaré, que me entregué sin arte
a quien sabrá perderme y acabarme
si ella quisiere, y aún sabrá querello;
que pues mi voluntad puede matarme,
la suya, que no es tanto de mi parte,
pudiendo, ¿qué habrá sino havello?

- II -

En fin, a vuestras manos he venido,
do sé que he de morir tan apretado
que aun aliviar con quejas mi cuidado
como remedio me es ya defendido.
Mi vida no sé en qué se ha sostenido,
si no es en haber sido yo guardado
para que sólo en mí fuese probado
cuánto corta una espada en un rendido.
Mis lágrimas han sido derramadas
donde la sequedad y el aspereza
dieron mal fruto dellas y mi suerte.
Basten las que por vos tengo lloradas.
No os venguéis más de mí con mi flaqueza;
allá os vengad, señora, con mi muerte.

- III -

La mar en medio y tierras he dejado
de cuanto bien, cuitado, yo tenía;
yéndome alejando cada día,
gentes, costumbres, lenguas he pasado.
Ya de volver estoy desconfiado;
pienso remedios en mi fantasía,
y el que más cierto espero es aquel día
que acabará la vida y el cuidado.
De cualquier mal pudiera socorrerme
con veros yo, señora, o esperallo,
si esperallo pudiera sin perdello.
Mas de no veros ya para valerme,
si no es morir, ningún remedio hallo,
y si esto lo es, tampoco podré havello.

- IV -

Un rato se levanta mi esperanza,
tan cansada de haberse levantado
torna a caer, que deja, a mal mi grado,
libre el lugar a la desconfianza.
¿Quién sufrirá tan áspera mudanza 5
del bien al mal? ¡Oh, corazón cansado!,
esfuerza en la miseria de tu estado,
que tras fortuna suele haber bonanza.
Yo mismo emprenderé a fuerza de brazos 10
romper un monte que otro no rompiera,
de mil inconvenientes muy espeso.
Muerte, prisión no pueden, ni embarazos,
quitarme de ir a veros, como quiera,
desnudo espirtu o hombre en carne y hueso.

- V -

Escrito está en mi alma vuestro gesto
y cuanto yo escribir de vos deseo;
vos sola lo escribistes, yo lo leo
tan solo, que aun de vos me guardo en esto. 5
En esto estoy y estaré siempre puesto,
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.
Yo no nací sino para quererlos; 10
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero.
Cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo vida,
por vos he de morir, y por vos muero.

- VI -

Por ásperos caminos he llegado
a parte que de miedo no me muevo,
y si a mudarme o dar un paso pruebo,
allí por los cabellos soy tornado. 5
Mas tal estoy que con la muerte al lado
busco de mi vivir consejo nuevo,
y conozco el mejor y el peor apruebo,
o por costumbre mala o por mi hado.
Por otra parte, el breve tiempo mío 10
y el errado proceso de mis años,
en su primer principio y en su medio.
Mi inclinación, con quien ya no porfío,
la cierta muerte, fin de tantos daños,
me hacen descuidar de mi remedio.

- VII -

No pierda más quien ha tanto perdido;
bástate, amor, lo que ha por mí pasado;
válgame ora jamás haber probado
a defenderme de lo que has querido. 5
Tu templo y sus paredes he vestido
de mis mojadas ropas, y adornado,
como acontece a quien ha ya escapado
libre de la tormenta en que se vido.
Yo había jurado nunca más meterme, 10
a poder mío y a mi consentimiento,
en otro tal peligro como vano.
Mas del que viene no podré valerme,
y en esto no voy contra el juramento,
que ni es como los otros ni en mi mano.

- VIII -

De aquella vista pura y excelente
salen espirtus vivos y encendidos,
y siendo por mis ojos recibidos,
me pasan hasta donde el mal se siente. 5
Encuétranse al camino fácilmente
con los míos, que de tal calor movidos,
salen fuera de mí como perdidos,
llamados de aquel bien que está presente.
Ausente, en la memoria la imagino; 10
mis espirtus, pensando que la vían,
se mueven y se encienden sin medida.
Mas no hallando fácil el camino,
que los suyos entrando derretían,
revientan por salir do no hay salida.

- IX -

Señora mía, si yo de vos ausente
en esta vida tuero y no me muero,
paréceme que ofendo a lo que os quiero
y al bien de que gozaba en ser presente. 5
Tras éste luego siento otro acidente,
que es ver que si de vida desespero,
yo pierdo cuanto bien de vos espero,
y así ando en lo que siento diferente.
En esta diferencia mis sentidos 10
están, en vuestra ausencia, y en porfía;
no sé ya qué hacerme en mal tamaño.
Nunca entre sí los veo sino reñidos;
de tal arte pelean noche y día
que sólo se concertan en mi daño.

- X -

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía
y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando las pasadas
horas que en tanto bien por vos me vía,
que me habíades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en una hora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
lleváme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes, porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

5

10

- XI -

Hermosas ninfas, que en el río metidas,
contentas habitáis en las moradas
de relucientes piedras fabricadas
y en columnas de vidrio sostenidas,

agora estéis labrando embebecidas
o tejiendo las telas delicadas;
agora unas con otras apartadas
contándoos los amores y las vidas;

dejad un rato la labor, alzando
vuestras rubias cabezas a mirarme,
y no os detendréis mucho según ando;

que o no podréis de lástima escucharme,
o convertido en agua aquí llorando,
podréis allá despacio consolarme.

5

10

- XII -

Si para refrenar este deseo
loco, imposible, vano, temeroso,
y guarecer de un mal tan peligroso,
que es darme a entender yo lo que no creo,

no me aprovecha verme cual me veo,
o muy aventurado o muy medroso,
en tanta confusión que nunca oso
fiar el mal de mí que lo poseo,

¿qué me ha de aprovechar ver la pintura
de aquel que con las alas derretidas,
cayendo, fama y nombre al mar ha dado,
y la del que su fuego y su locura

llora entre aquellas plantas conocidas,
apenas en el agua resfriado?

5

10

- XIII -

A Dafne ya los brazos le crecían
y en luengos ramos vueltos se mostraban;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que al oro escurecían.
De áspera corteza se cubrían 5
los tiernos miembros, que aun bullendo estaban;
los blancos pies en tierra se hincaban
y en torcidas raíces se volvían.
Aquel que fue la causa de tal daño,
a fuerza de llorar, crecer hacía 10
este árbol, que con lágrimas regaba.
¡Oh miserable estado, oh mal tamaño,
que con llorarla crezca cada día
la causa y la razón por que lloraba!

- XIV -

Como la tierna madre que el doliente
hijo le está con lágrimas pidiendo
alguna cosa de la cual comiendo
sabe que ha de doblarse el mal que siente.
Y aquel piadoso amor no le consiente 5
que considere el daño que, haciendo
lo que le pide hace, va corriendo
y aplaca el llanto y dobla el accidente,
así a mi enfermo y loco pensamiento,
que en su daño os me pide, yo querría 10
quitalle este mortal mantenimiento.
Mas pídemelo y llora cada día
tanto, que cuanto quiere le consiento,
olvidando su muerte y aun la mía.

- XV -

Si quejas y lamentos pueden tanto
que enfrenaron el curso de los ríos
y en los diversos montes y sombríos
los árboles movieron con su canto;
si convirtieron a escuchar su llanto 5
los fieros tigres y peñascos fríos;
sí, en fin, con menos casos que los míos
bajaron a los reinos del espanto,
¿por qué no ablandará mi trabajosa
vida, en miseria y lágrimas pasada, 10
un corazón conmigo endurecido?
Con más piedad debería ser escuchada
la voz del que se llora por perdido
que la del que perdió y llora otra cosa.

- XVI -

Para la sepultura de Don Hernando de Guzmán

No las francesas armas odiosas,
en contra puestas del airado pecho,
ni en los guardados muros con pertecho
los tiros y saetas ponzoñosas;
no las escaramuzas peligrosas, 5
ni aquel fiero rüido contrahecho
de aquel que para Júpiter fue hecho
por manos de Vulcano artificiosas,
pudieron, aunque más yo me ofrecía
a los peligros de la dura guerra, 10
quitar una hora sola de mi hado;
mas infición de aire en solo un día
me quitó al mundo y me ha en ti sepultado,
Parténope, tan lejos de mi tierra.

- XVII -

Pensando que el camino iba derecho,
vine a parar en tanta desventura
que imaginar no puedo, aun con locura,
algo de que esté un rato satisfecho.
El ancho campo me parece estrecho, 5
la noche clara para mí es oscura,
la dulce compañía amarga y dura,
y duro campo de batalla el lecho.
Del sueño, si hay alguno, aquella parte
sola que es ser imagen de la muerte 10
se aviene con el alma fatigada.
En fin, que como quiera, estoy de arte,
que juzgo ya por hora menos fuerte,
aunque en ella me vi, la que es pasada.

- XVIII -

Si a vuestra voluntad yo soy de cera
y por sol tengo sólo vuestra vista,
la cual a quien no inflama o no conquista
con su mirar, es de sentido fuera;
¿de dó viene una cosa que, si fuera 5
menos veces de mí probada y vista,
según parece que a razón resista,
a mi sentido mismo no creyera?
Y es que yo soy de lejos inflamado
de vuestra ardiente vista, y encendido 10
tanto que en vida me sostengo apenas.
Mas si de cerca soy acometido
de vuestros ojos, luego siento, helado,
cuajárseme la sangre por las venas.

- XIX -

Julio, después que me partí llorando
de quien jamás mi pensamiento parte
y dejé de mi alma aquella parte
que al cuerpo vida y fuerza estaba dando,
de mi bien a mí mismo voy tomando 5
estrecha cuenta y siento de tal arte
faltarme todo el bien que temo en parte,
que ha de faltarme el aire sospirando.
Y con este temor, mi lengua prueba 10
a razonar con vos, ¡oh dulce amigo!,
del amarga memoria de aquel día
en que yo comencé como testigo
a poder dar del alma vuestra nueva
y a sabella de vos del alma mía.

- XX -

Con tal fuerza y vigor son concertados
para mi perdición los duros vientos
que cortaron mis tiernos pensamientos
luego que sobre mí fueron mostrados. 5
El mal es que me quedan los cuidados
en salvo destes acontecimientos,
que son duros y tienen fundamentos
en todos mis sentidos bien echados.
Aunque por otra parte no me duelo,
ya que el bien me dejó con su partida, 10
del grave mal que en mí está de contino;
antes con él me abrazo y me consuelo,
porque en proceso de tan dura vida
ataje la largueza del camino.

- XXI -

Clarísimo marqués, en quien derrama
el cielo cuanto bien conoce el mundo,
si al gran valor en que el sujeto fundo
y al claro resplandor de vuestra llama
arribare mi pluma, y do la llama 5
la voz de vuestro nombre alto y profundo,
seréis vos sólo eterno y sin segundo,
y por vos inmortal quien tanto os ama.
Cuanto del largo cielo se desea,
cuanto sobre la tierra se procura, 10
todo se halla en vos de parte a parte;
y, en fin, de sólo vos formó natura
una estraña y no vista al mundo idea
y hizo igual al pensamiento el arte.

- XXII -

Con ansia extrema de mirar qué tiene
vuestro pecho escondido allá en su centro
y ver si a lo de fuera lo de dentro
en apariencia y ser igual conviene,
en él puse la vista, mas detiene 5
de vuestra hermosura el duro encuentro
mis ojos, y no pasan tan adentro
que miren lo que el alma en sí contiene.
Y así se quedan tristes en la puerta
hecha por mi dolor, con esa mano, 10
que aun a su mismo pecho no perdona;
donde vi claro mi esperanza muerta
y el golpe, que en vos hizo amor en vano,
non esservi passato oltra la gonna.

- XXIII -

En tanto que de rosa y de azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende el corazón y lo refrena;
y en tanto que el cabello, que en la vena 5
del oro se escogió, con vuelo presto,
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena;
coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado 10
cubra de nieve la hermosa cumbre.
Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera,
por no hacer mudanza en su costumbre.

- XXIV -

Ilustre honor del nombre de Cardona
décima moradora de Parnaso,
a Tansillo, a Minturno, al culto Tasso
sujeto noble de imortal corona;
si en medio del camino no abandona 5
la fuerza y el espíritu a vuestro Laso,
por vos me llevará mi osado paso
a la cumbre difícil de Helicon.
Podré llevar entonces sin trabajo,
con dulce son que el curso al agua enfrena, 10
por un camino hasta agora enjuto,
el patrio, celebrado y rico Tajo,
que del valor de su luciente arena
a vuestro nombre pague el gran tributo.

- XXV -

¡Oh hado secutivo en mis dolores,
cómo sentí tus leyes rigurosas!
Cortaste el árbol con manos dañosas
y esparciste por tierra fruta y flores.
En poco espacio yacen mis amores, 5
y toda la esperanza de mis cosas,
tornados en cenizas desdeñosas
y sordas a mis quejas y clamores.
Las lágrimas que en esta sepultura
se vierten hoy en día y se vertieron 10
recibe, aunque sin fruto allá te sean,
hasta que aquella eterna noche oscura
me cierre aquestos ojos que te vieron,
dejándome con otros que te vean.

- XXVI -

Echado está por tierra el fundamento
que mi vivir cansado sostenía.
¡Oh cuánto bien se acaba en solo un día!
¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!
¡Oh cuán ocioso está mi pensamiento 5
cuando se ocupa en bien de cosa mía!
A mi esperanza, así como a baldía,
mil veces la castiga mi tormento.
Las más veces me entrego, otra resisto
con tal furor, con una fuerza nueva, 10
que un monte puesto encima rompería.
Aquéste es el deseo que me lleva
a que desee tomar a ver un día
a quien fuera mejor nunca haber visto.

- XXVII -

Amor, amor, un hábito vestí
el cual de vuestro paño fue cortado;
al vestir ancho fue, mas apretado
y estrecho cuando estuvo sobre mí.
Después acá de lo que consentí, 5
tal arrepentimiento me ha tomado
que pruebo alguna vez, de congojado,
a romper esto en que yo me metí.
Mas ¿quién podrá deste hábito librarse,
teniendo tan contraria su natura 10
que con él ha venido a conformarse?
Si alguna parte queda, por ventura,
de mi razón, por mí no osa mostrarse,
que en tal contradicción no está segura.

- XXVIII -

Boscán, vengado estáis, con mengua mía,
de mi rigor pasado y mi aspereza,
con que reprehenderos la terneza
de vuestro blando corazón solía.
Agora me castigo cada día 5
de tal selvatiquez y tal torpeza,
mas es a tiempo que de mi bajeza
correrme y castigarme bien podría.
Sabed que en mi perfecta edad y armado, 10
con mis ojos abiertos, me he rendido
al niño que sabéis, ciego y desnudo.
De tan hermoso fuego consumido
nunca fue corazón; si preguntado
soy lo demás, en lo demás soy mudo.

- XXIX -

Pasando el mar Leandro el animoso,
en amoroso fuego todo ardiendo,
esforzó el viento, y fuese embraveciendo
el agua con un ímpetu furioso.
Vencido del trabajo presuroso, 5
contrastar a las ondas no pudiendo,
y más del bien que allí perdía muriendo
que de su propia vida congojoso,
como pudo, esforzó su voz cansada
y a las ondas habló desta manera, 10
mas nunca fue su voz dellas oída:
Ondas, pues no se escusa que yo muera,
dejadme allá llegar, y a la tornada
vuestro furor ejecutá en mi vida.

- XXX -

Sospechas que, en mi triste fantasía
puestas, hacéis la guerra a mi sentido,
volviendo y revolviendo el afligido
pecho con dura mano noche y día;
ya se acabó la resistencia mía 5
y la fuerza del alma; ya rendido,
vencer de vos me dejó, arrepentido
de haberos contrastado en tal porfía.
Llevadme a aquel lugar tan espantable
do, por no ver mi muerte allí esculpida, 10
cerrados hasta aquí tuve los ojos.
Las armas pongo ya, que concedida
no es tan larga defensa al miserable;
colgad en vuestro carro mis despojos.

- XXXI -

Dentro en mi alma fue de mí engendrado
un dulce amor, y de mi sentimiento
tan aprobado fue su nacimiento
como de un solo hijo deseado;
mas luego dél nació quien ha estragado 5
del todo el amoroso pensamiento;
en áspero rigor y en gran tormento
los primeros deleites ha trocado.
¡Oh crudo nieto, que das vida al padre
y matas al agüelo!, ¿por qué creces 10
tan disconforme a aquél de que has nacido?
¡Oh celoso temor!, ¿a quién pareces?,
que aun la envidia, tu propia y fiera madre,
se espanta en ver el mostro que ha parido.

- XXXII -

Estoy contino en lágrimas bañado,
rompiendo siempre el aire con suspiros;
y más me duele el no osar deciros
que he llegado por vos a tal estado;
que viéndome do estoy y en lo que he andado 5
por el camino estrecho de seguiros,
si me quiero tornar para hüiros,
desmayo, viendo atrás lo que he dejado;
si a subir pruebo, en la difícil cumbre,
a cada paso espántanme en la vía 10
ejemplos tristes de los que han caído;
y sobre todo, me falta ya la lumbre
de la esperanza, con que andar solía
por la oscura región de vuestro olvido.

- XXXIII -

Mario, el ingrato Amor, como testigo
de mi fe pura y de mi gran firmeza,
mostrando en mí su vil naturaleza,
que es hacer más ofensa al más amigo;
teniendo miedo que si escribo o digo 5
su condición, abajo su grandeza,
no bastando su fuerza a mi crieza,
ha esforzado la mano a mi enemigo.
Y así, en la parte que la diestra mano
gobierna, y en aquella que declara 10
el conceto del alma, fui herido.
Mas y haré que aquesta ofensa, cara
libre, desesperado y ofendido.

- XXXIV -

Gracias al cielo doy que ya del cuello
del todo el grave yugo he sacudido,
y que del viento el mar embravecido
veré desde la tierra sin temello.
Veré colgada de un sutil cabello 5
la vida del amante embebecido
en su error, y su engaño adormecido,
sordo a las voces que le avisan dello.
Alegraráme el mal de los mortales,
mas no es mi corazón tan inhumano 10
en aquesta opinión como parece,
porque yo huelgo, como huelga el sano,
no de ver a otros en aquellos males,
sino de ver que dellos él carece.

- XXXV -

A Boscán desde La Goleta

Boscán, las armas y el furor de Marte,
que con su propia fuerza el africano
suelo regando, hacen que el romano
imperio reverdezca en esta parte,
han reducido a la memoria el arte 5
y el antiguo valor italiano,
por cuya fuerza y valerosa mano
África se aterró de parte a parte.
Aquí donde el romano encendimiento,
donde el fuego y la llama licenciosa 10
sólo el nombre dejaron a Cartago,
vuelve y revuelve amor mi pensamiento,
hiere y enciende el alma temerosa,
y en llanto y en ceniza me deshago.

- XXXVI -

A la entrada de un valle, en un desierto,
do nadie atravesaba ni se vía,
vi que con extrañeza un can hacía
extremos de dolor con desconcierto;
ahora suelta el llanto al cielo abierto, 5
ora va rastreando por la vía;
camina, vuelve, para, y todavía
quedaba desmayado como muerto.
Y fue que se apartó de su presencia
su amo, y no le hallaba, y esto siente; 10
mirad hasta dó llega el mal de ausencia.
Movióme a compasión ver su accidente;
díjele lastimado: Ten paciencia,
que yo alcanzo razón, y estoy ausente.

- XXXVII -

Mi lengua va por do el dolor la guía;
ya yo con mi dolor sin guía camino;
entrambos hemos de ir con puro tino;
cada uno va a parar do no querría:
yo, porque voy sin otra compañía 5
sino la que me hace el desatino;
ella porque la lleve aquel que vino
a hacella decir más que querría.
Y es para mí la ley tan desigual
que aunque inocencia siempre en mí conoce, 10
siempre yo pago el yerro ajeno y mío.
¿Qué culpa tengo yo del desvarío
de mi lengua, si estoy en tanto mal
que el sufrimiento ya me desconoce?

- XXXVIII -

Siento el dolor menguarme poco a poco,
no porque ser le sienta más sencillo,
mas fallece el sentir para sentillo,
después que de sentillo estoy tan loco.
Ni en sello pienso que en locura toco, 5
antes voy tan ufano con oíllo
que no dejaré el sello y el sufrillo,
que si dejo de sello, el seso apoco.
Todo me empece, el seso y la locura;
prívame éste de sí por ser tan mío; 10
mátame estotra por ser yo tan suyo.
Parecerá a la gente desvarío
preciarme deste mal do me destruyo:
yo lo tengo por única ventura.

- XXXIX -

¡Oh celos de amor, terrible freno,
que en un punto me vuelve y tiene fuerte;
hermanos de crueldad, deshonrada muerte
que con tu vista tornas el cielo sereno!
¡Oh serpiente nacida en dulce seno 5
de hermosas flores, mi esperanza es muerte:
tras prósperos comienzos, adversa suerte;
tras süave manjar, recio veneno!
¿De cuál furia infernal acá saliste,
oh cruel monstruo, oh peste de mortales, 10
que tan tristes, crudos mis días hiciste?
Tórnate al infierno sin mentar mis males;
desdichado miedo, ¿a qué viniste?,
que bien bastaba amor con sus pesares.

- XL -

El mal en mí ha hecho su cimiento
y sobre él de tal arte ha labrado
que amuestra bien la obra estar determinado
de querer para siempre este aposiento.

Trátame así que a mil habría muerto,
mas yo para más mal estoy guardado;
estó ya tal que todos me han dejado
sino el dolor, que en sí me tiene vuelto.

Ya todo mi ser se ha vuelto en dolor
y así para siempre ha de turar,
pues la muerte no viene a quien no es vivo;
en tanto mal, turar es el mayor,

y el mayor bien que tengo es el llorar:
¡pensad cuál será el mal do el bien es el que digo!

5

10

Poesía neolatina

- I -

Ad Antonium Thylesium ode

<i>Uxore, natis, fratribus et solo exul relictis, frigida per loca musarum alumnus, barbarorum ferre superbiam et insolentes mores coactus, iam didici, invia</i>	5
<i>per saxa, voces ingeminantia fletusque, sub rauco querelas mumure Danubii levare. O nate tristem sollicitudine lenire mentem et rebus atrociter</i>	10
<i>urgentibus fulcire amici pectora docte manu, Thylesi, iam iam sonantem Delius admovet, dexter tacentem barbiton antea; cantare Sebethi suadent</i>	15
<i>ad vaga flumina cursitantes nymphae; iam amatis moenibus inclyte non urbis, amnis quam Tagus aureo nodare nexu gestit, ultra me lacerat modum amor furentem;</i>	20
<i>sirenum amoena iam patria iuvat cultoque pulchra Parthenope solo, iuxtaque manes considerare vel potius cineres, Maronis. Aegro deorum quis tulerit, rogas, herbis repostis, auxilium potens, mentisque consternationem cantibus et fidibus levarit:</i>	25
<i>idem sonanti cui vaga flumina sistunt, silentes margine vortices ventosque narratur frementes per nemora ardua conquiesse. Hic nam revinxit me tibi vinculo gratis Camoenae quod mihi nexibus</i>	30
<i>texere, praelargus, quid ultra me miserum potuit iuvare? Imbrem beatis nubibus aureum vivaque talum compede candidum nexam puellam coniugemque languidulis oculis querentem,</i>	35
<i>carmen canentis sic animum rapit mentemque, ut omnes subiaceant graves curae et labores, evolemque aliger his super elevatus.</i>	40
<i>Te, mi Thylesi, te comite obtulit sese parentis quem veneror loco, cui dulce pignus nostri amoris non animum pigeat patere; arcana divum dum reserat, novus huic pectus alte sollicitat furor,</i>	45
<i>curare seu mortalium res caelicolas grave sive monstrat natos parentum crimina ob impia vexari, ut auras carpere dum licet, nec luxui ipsi indulgeant, nec poena parentibus ulla desit.</i>	50
<i>Haec aure cuncti praecipue imbibunt alte silentes, et Marius meus,</i>	55

<i>rerumque multarum refertus atque memor Placitus bonarum.</i>	60
<i>Honesta cunctos hinc domus accipit liberque sermo nascitur, haud tamen impune, nam, si tortuosis nexibus implicitum quid audes suadere, sperans ingeniosius</i>	65
<i>quam verius nos pertrahere ad tuum sensum, statim aggressa est cohors te, ut Ciconum irruit in canentem. Num tu fluentem divitiis Tagum, num prata gyris uvida roscidis, mutare me insanum putabas, dulcibus immemoremque amicis?</i>	70

- II -

Garsiae Lasi ode ad Genesium Sepulvedam

<i>Arcum quando adeo relligionis et saevae militiae ducere longius, ut curvata coire inter se capita haud negent, uni musa tibi, docte Sepulveda,</i>	5
<i>concessit: pariter dicere et Africam incumbit pavitantem sub rege intrepido et pio, qui insigni maculis vectus equo citos praevertit rapidus densa per agmina ventos, fervidus hastam laetalem quatiens manu; dat cui non aliter turba locum leves quam flammis stipulae per nemus aridum aut caelum per apertum</i>	10
<i>ventis dant nebulae vagis. Pugnax perpetuo dum trepidos agit giro, saevus uti Massylas leo per sylvas Nomadasve imbelles agitat feras,</i>	15
<i>suspirant timido pectore, turribus ex altis aciem lata per aequora campi tendere suetae, sponsae nuper amoribus orbatae: Heu, iuvenes, Caesaris, inquit, vitate imparibus viribus armaque congressusque nefandos.</i>	20
<i>Quando nomina posteris mater caesa dedit, dum puerum student languentem eruere e visceribus, genus hinc est caesareum, hinc est gaudens caede nova. Putas saevum funereo limine qui pedem ad vitam imposuit, non ferat indidem ingeneretque furorem</i>	25
<i>et caedis calidae sitim?</i>	30
	35

- III -

Garcilassi Hispani

<i>Sedes ad cyprias Venus, cui centum redolent usque calentia thure altaria sacro, sertis vincita comas, nuda agitans choros</i>	5
<i>gaudebat, cum puer appulit, depromptis iaculis e pharetra aureis, depromptis quoque plumbeis, queis terras violens subdit et aequora, queis coeleste sibi genus.</i>	10
<i>Tum mater, miserans terrigenum simul divorumque vicem, prior demulcens leviter caesariem auream melliti pueri, incipit:</i>	15
<i>Heu, nate, usque adeo flagitiis eris istis insatiabilis, non tantum ut miserum perditum eas genus humanum, excrucians modis indignis homines, verum etiam in deos ausis stringere spicula?</i>	20
<i>Impulsu altitonans saepe tuo induit quam turpem deo imaginem! Nunc taurus nivea conspicuus nota frontem, caetera candidus, imber nunc liquido virgineum aureus fluxu per gremium micat.</i>	25
<i>Lunam per tacitum saepe silentium saxis sub love latmiis sopiti rapidis ignibus exscitam coeli culmine devocas.</i>	30
<i>Cessare ad Clymenem crinigerum facis Phoebum, qui quasi negligens terris officium solvere debitum, auriga est habitus piger.</i>	35
<i>In me si sceleris quid meditabere matrem, ut mos tibi, perfide, est, non aegre aut graviter perpetiar modo figas nequitiae modum.</i>	40
<i>Sed quid, cum dominam figere Dindymi laetaris, tibi vis, puer?</i>	45
<i>Longeva atque parens paene deum omnium cum sit nec ioco idonea, illam caecus eo perpulit at furor Attyn perdit ut arserit.</i>	50
<i>Cumque ignes penitus viscera permeent, iunctis vecta leonibus Idae per nemorum saxa virentium fertur, quam volitans cohors recta consequitur parsque micantibus palmis tympana verberat</i>	55
<i>ingentique sonat voce nemus virens cunctorumque simul fera insanum rabies pectus agit. Proin</i>	60
<i>..... mater cuncta timens (omen inane sit!) tristi discrucior metu, ne forte Cybele, si resipiscat aut haec pergat potius suo insanire modo, saeva leonibus te natum tenerum imperet se coram ut lacerent namque erit aut sui vindex aut animi impotens.</i>	65
<i>Praesenti esto animo, mater, ait puer, nec te sollicitet metus, mitescunt adeo namque mihi feri isti, quos metuis, iuba ut presa ritu equitis non trepide insidens tergis hos agitem vagus,</i>	

*caudis incipiunt, auribus et mihi
adblandirier interim,
dumque ori digitos dumque manum insero, 70
reddunt innocuam. mihi.*
*Postremo, quid ego pecco tibi aut aliis
cum res sedulus offero
pulchras ante oculos monstroque lucidis
pictas usque coloribus? 75
Vos iam desinite aut appetere omnia haec
aut sic obicere id mihi.*
*Num vis, mater, uti Mars tuus haud te amet
posthac, nec redames eum?
Natus sum atque potens; impera et obsequar. 80
Nulla ut non superans, puer,
in re es, quin celeri bile etiam tumes,
nostro haud subtrahe te, puer,
amplexu; peto nil praeter id amplius.*

ÍNDICE

Églogas.....	2
- I -	2
- II -	8
- III -	38
- III -	38
Elegías.....	43
- I -	43
- II -	49
Epístola.....	52
Epístola a Boscán	52
Canciones	54
- I -	54
- II -	56
- III -	58
- IV -	60
- V -	63
Coplas	65
- I -	65
- II -	65
- III -	65
- IV -	66
- V -	66
- VI -	66
- VII -	66
- VIII -	67
- IX -	67
Octava rima.....	68
Sonetos	69
- I -	69
- II -	69
- III -	69
- IV -	70
- V -	70
- VI -	70
- VII -	71
- VIII -	71
- IX -	71
- X -	72
- XI -	72
- XII -	72
- XIII -	73
- XIV -	73
- XV -	73
- XVI -	74
- XVII -	74
- XVIII -	74
- XIX -	75
- XX -	75
- XXI -	75
- XXII -	76
- XXIII -	76
- XXIV -	76
- XXV -	77
- XXVI -	77
- XXVII -	77
- XXVIII -	78
- XXIX -	78
- XXX -	78
- XXXI -	79
- XXXII -	79
- XXXIII -	79
- XXXIV -	80
- XXXV -	80

- XXXVI -	80
- XXXVII -	81
- XXXVIII -	81
- XXXIX -	81
- XL -	82
Poesía neolatina.....	83
- I -	83
- II -	84
- III -	84